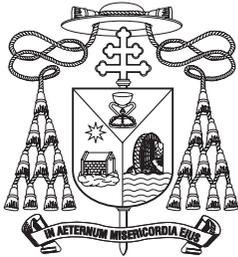


Boletín oficial del



Arzobispado de Burgos

Arzobispado
de Burgos



Tomo 156 – Núm. 11
Noviembre 2014

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Dirección y Administración
RESIDENCIA ARZOBISPAL

El Arzobispo

Homilía



I

FIESTA DE LOS ÁNGELES CUSTODIOS

(Parroquia de San Fernando, 2-10-2014)

Cuando nos referimos a los Custodios estamos señalando directamente a los Ángeles custodios cuya fiesta celebramos y sin duda de una manera verdaderamente apropiada estamos también refiriéndonos a todos ustedes –policía nacional–, que sois para la sociedad verdaderamente custodios.

La realidad de los Ángeles custodios, cuya fiesta celebramos, es una verdad que no podríamos saber si no existiera la revelación. Y ciertamente como acabamos de escuchar en el Evangelio Jesús refiriéndose a aquellos

pequeños que le rodeaban dijo que “sus ángeles están viendo siempre la faz de Dios Padre”. Sus ángeles, los ángeles de los pequeños, pero la teología reflexiona y dice que si de pequeños tenemos nuestro ángel, no nos es menos necesario aunque hayamos crecido en edad. Y en los Hechos de los Apóstoles hay una escena verdaderamente preciosa cuando se reafirma esta realidad: estaba Pedro encarcelado, iba a ser ajusticiado al día siguiente y esa noche previa se presentó un ángel en la cárcel, le tocó en el costado, le despertó y le dijo: álzate, vístete y sígueme. Y el ángel por delante fue pasando las guardias hasta la puerta de la calle. Dice expresamente el texto que Pedro creía estar soñando pero que cuando ya en la calle le abandonó el ángel entonces cayó en la cuenta que era realidad y fue a refugiarse a esas horas a una casa donde se reunían los cristianos y golpeó y salió la criada y al oír su voz le reconoció. Pero pensó: no puede ser Pedro, será su ángel.

Para los cristianos esta es una realidad que poseemos por la revelación; pero la sociedad necesita además un cuerpo de custodios porque en este estado de naturaleza caída, propensa al mal, experimentamos con excesiva frecuencia que no es suficiente la conciencia y los principios de convivencia y de respeto, sino que hace falta una autoridad, una fuerza, para exigir ese cumplimiento. Y he aquí que los hombres constituyéndose en sociedad, en convivencia pacífica, ha elegido este cuerpo y cada uno de los que lo componéis habéis elegido esa vocación, de ser para los demás custodios del orden en beneficio de todos.

Hoy por tanto, y de una manera especial como cristianos, imploramos a los ángeles custodios y a Dios por medio de ellos que sean para todos los que componéis ese cuerpo punto de referencia. A su vez pedimos que, por encima de las fuerzas humanas, también los ángeles os protejan a vosotros; que os ayuden con la rectitud de vuestra vida, con el cumplimiento de vuestro servicio a ser para toda la sociedad, en concreto España, válidos custodios que nos protejan y defiendan. Por ello nuestra oración con esta Eucaristía, con el sacrificio de Cristo ofrecido al Padre imploramos y pedimos por vosotros, por vuestras familias y de una manera especialmente encarecida por aquellos que perdieron la vida cumpliendo esa tarea maravillosa. Pedimos una atención especial de nuestro Señor, de nuestro Dios, por todos los hogares y familias especialmente probados por esos fallecimientos en el servicio; pedimos que el Señor les proteja de una manera singular.

Santos Ángeles custodios ayudadnos, ayudad a este Cuerpo que tan buen servicio presta a nuestra sociedad y con tanta eficacia cumplen sus tareas. Continuamente somos conscientes, a través de los medios de comunicación, de los éxitos profesionales del Cuerpo. Que continúen con esa

rectitud y nobleza y quienes tienen la fe sepan encomendarse para su protección personal y la de toda la sociedad a ese patrón, el Ángel custodio. Amén.



II

INAUGURACIÓN DE CURSO EN LA UNIVERSIDAD DE BURGOS

(3-10-2014)

“Vosotros sois la luz del mundo”. Estas palabras, que Jesús dirigió un día a los apóstoles, nos la dirige a nosotros, profesores y alumnos. Y lo hace con un apremio y urgencia especiales ahora que comenzamos un nuevo curso académico.

Y ¿qué nos quiere transmitir al decirnos que seamos “luz”?

La luz va unida esencialmente a la visión de las personas, de las cosas y del medio que nos circunda. Ver las personas y las cosas es saber captarlas, distinguirlas, integrarlas. Si no existe luz, las personas y las cosas están ante nosotros, pero es lo mismo que si no existieran. Podemos estar ante un cuadro de belleza excepcional, ante un libro de singular valor o ante una persona que se está debatiendo entre la vida y la muerte por un ataque que ha sufrido al corazón. Pero no podremos admirar la belleza del cuadro, acceder a los contenidos del libro o prestar auxilio a esa persona que tanto lo necesita.

No bastará que tengamos una gran sensibilidad hacia la belleza, un acusado espíritu por saber, y un gran deseo de ayudar a los demás. La falta de luz y de visión es un muro infranqueable que se interpone entre nosotros y la realidad. Ésta no existe para nosotros. Por eso, se generará una total incomunicación entre ambos: ni ella incidirá en nosotros ni nosotros actuaremos sobre ella. Persona y realidad serán dos líneas paralelas, que aunque estén tan próximas como la vía por las que circulan el tren, jamás se encontrarán, como no se encuentran los raíles del tren.

La luz es, pues, esa realidad que pone en nuestras manos el instrumento necesario para conocer, distinguir, integrar y proyectar la realidad en la

que estamos inmersos. Es decir, nos aporta el instrumento que necesitamos para ser capaces de descubrir la dignidad de las personas, la bondad de las cosas y la relación que las personas y las cosas tienen con el Creador, de las que ambas proceden. Ese instrumento que aporta la luz no es otro que la verdad. La verdad sobre el hombre, la verdad sobre la creación, la verdad sobre el destino y finalidad de la actividad humana, la verdad sobre dios, que es quien está detrás de las personas, las cosas y la actividad humana.

La Universidad ha sido siempre el ágora por excelencia para buscar y transmitir la verdad. Verdad y Universidad forman un binomio tan indisolublemente unido, que cuestionar o negar una de ellas implica cuestionar o negar la otra.

Hoy –como sabéis igual o mejor que yo– recuperar esta obviedad es sumamente necesario y urgente. En Occidente, en efecto, vivimos en un clima en el que reina la dictadura del relativismo, lo políticamente correcto, la cultura líquida, el pensamiento débil, el buenismo y el conformismo. Se ha perdido el amor y la pasión por la verdad. Todo esto ha traído consigo una profunda crisis antropológica, en la que ya no sabemos qué y quién es el hombre. La “crisis económica” que estamos padeciendo es parte –sólo parte y no la más importante– de la crisis antropológica. Si no sabemos que la persona es el centro en torno al cual gira el trabajo ¿cómo podremos poner al hombre por encima de las ganancias materiales?

Esto es extremadamente grave. Porque, al ignorar qué es el hombre, ignoramos de donde venimos, a dónde vamos, para qué trabajamos, cuál es el destino último de todo. Con ello, todo se convierte en un rompecabezas y en un puzzle en el que resulta imposible colocar adecuadamente cada pieza.

Queridos profesores y alumnos: cuando el Señor os dice que seáis “luz” de nuestro mundo, os está recordando que como discípulos suyos tenéis el compromiso ineludible e inaplazable de ser buscadores y difusores de la verdad. Nadie os puede ganar en la pasión por la verdad. Vuestra actividad a lo largo del curso se mueve hacia ese horizonte: buscar y decir siempre la verdad.

La tarea es muy difícil y compleja. Diría más: imposible si pretendéis alcanzar este objetivo únicamente con vuestras fuerzas: vuestro talento, vuestra dedicación, vuestro esfuerzo. Estas cosas son necesarias. Más aún, imprescindibles. Pero insuficientes. Porque vosotros no estáis hechos de una pasta especial y distinta sino que sois de la misma pasta que los demás. Vuestra experiencia os confirma que el egoísmo, la vanidad, el afán de lucimiento personal y de quedar bien a toda costa, la comodidad y tantas cosas más no son patrimonio exclusivo de los demás sino una herencia que compartimos con ellos.

Por eso, Jesucristo no sólo os dice que seáis “Luz” en vuestro mundo, sino que tengáis en cuenta que esa luz no la generáis vosotros sino que es un don que él os otorga: “Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas”. Si contáis con Jesucristo leyendo su evangelio, reflexionando sobre sus enseñanzas y pidiendo su ayuda –y esto no sólo alguna vez sino de modo habitual–, entonces os convertiréis en esa luz que ilumina, caldea y orienta el ambiente universitario. Os espera, pues, una apasionante tarea y un reto emocionante.

Pidamos en esta Eucaristía que al final del curso, que ahora comenzamos, podamos gozarnos, al menos de haberlo intentado día a día.



III

ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN DE ALVARO DEL PORTILLO

(Catedral, 6-10-2014)

“Gratias tibi, Deus, gratias tibi”. Estas palabras, que rezan todos los fieles de la Obra cada día, encuentran un marco muy oportuno en esta celebración. Porque la beatificación de don Álvaro es una manifestación clamorosa de la bondad que Dios mostró hacia él. Gracias a esa predilección divina pudo vivir heroicamente todas las virtudes y llegar a ser modelo de vida cristiana para quienes vivimos en medio del mundo: sacerdotes y seglares.

El cardenal Amato dijo de él en la misa de beatificación que “destacaba por la prudencia y rectitud al valorar los sucesos y las personas; la justicia para respetar el honor y la libertad de los demás; la fortaleza para resistir las contrariedades físicas o morales; la templanza, vivida como mortificación interior y exterior”. Y añadió a continuación: “Sin embargo, hay una virtud que monseñor Álvaro del Pontillo vivió de modo especialmente extraordinario, considerándola como un instrumento indispensable para la santidad y el apostolado: la virtud de la humildad”.

Efectivamente, quienes hemos conocido a don Álvaro podemos certificar que era un hombre profundamente humilde. Él tenía un gran talento

–como lo demuestran sus tres doctorados y sus escritos–, pero tenía la convicción de su escasa valía personal. Él poseía una gran capacidad de gestión; sin embargo, nunca habló de las múltiples gestiones eficaces que desarrolló para sacar adelante a la Obra y ayudar a la Iglesia. Él poseía dotes sobreaabundantes para haber ido marcando el paso; sin embargo, desapareció como un azucarillo, haciendo siempre con suma presteza y alegría cuanto le sugería san Josemaría. Él desempeñó cargos importantes en el gobierno de la Obra y en la colaboración con la Santa Sede; sin embargo, jamás se refirió a esos cargos y, menos todavía, se pavoneó de ellos. Él tuvo grandes contrariedades, por ejemplo, en el último tramo de la configuración jurídica de la Obra y en campaña difamatoria ante la beatificación de san Josemaría. Sin embargo, nunca perdió la paz y la sonrisa.

No exageraba uno de los testigos de su causa de beatificación cuando aseguraba que era “la humildad en persona”. Juicio que ratificaba, en otros términos, aquella persona que decía tras la muerte del Fundador del Opus Dei: “El que ha muerto ha sido don Álvaro, porque nuestro Padre sigue vivo en su sucesor”.

Fruto de esa humildad es que a su lado se estaba a gusto y se trabajaba con alegría y paz. Es uno de los frutos de la santidad verdadera: los que conviven con un santo se sienten a gusto, incluso cuando reciben una corrección. El santo verdadero, precisamente porque es profundamente humilde, no alardea de nada y convierte su lugar de trabajo y de vivienda en un *hogar de caridad*.

Al dar gracias a Dios hoy por la beatificación de este siervo bueno y fiel, que fue don Álvaro, puede venirnos bien recordar las palabras que él dijo en una tertulia con sus hijas, pocos meses antes de su tránsito al Cielo: “Os digo a vosotras, y me lo digo a mí mismo. Tenemos que luchar toda la vida para llegar a ser humildes. Tenemos la escuela maravillosa de la humildad del Señor, de la Santísima Virgen y de San José. Vamos a aprender. Vamos a luchar con el propio yo que está constantemente alzándose como una víbora, para morder”.

2. Sin embargo, sería un error pensar que don Álvaro era una persona apocada y sin carácter. Todo lo contrario. Su padre, que le conocía bien, cuando recibió una nota de la dirección del Colegio del Pilar –donde estudiaba don Álvaro–, diciendo que se “insinúa” un fuerte carácter, respondió. “¿Cómo que se insinúa? Se esculpe”. Quienes le trataron habitualmente aseguran que decía y hacía las cosas con toda determinación. Con dulzura y amabilidad, pero con autoridad. Jesucristo era manso y humilde, pero hablaba “con autoridad, no como los escribas”.

Don Álvaro, además de hombre con mucho temple, fue también una persona de grandes proyectos. Y lo fue, por ser verdaderamente humilde. Él estaba convencido de su poca valía personal, como les ocurre a los santos. Pero se fiaba completamente de Dios, se abandonaba en él y emprendía obras que eran “imposibles” juzgadas al estilo humano, al carecer completamente de medios. Por ejemplo, hacer una universidad pontificia en el centro de Roma resultaba empresa poco menos que imposible. Pero él sabía que san Josemaría quería que hubiese en Roma un centro universitario en el que se formaran sacerdotes de todo el mundo según la mente y el espíritu de la Iglesia. Y no cesó hasta que consiguió lo que hoy es la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, muy cerca de Piazza Navona.

Otro tanto puede decirse, por ejemplo, de Kimlea. Kimlea es un centro ubicado a 30 kilómetros de Nairobi que proporciona educación, asistencia sanitaria y apoyo a mujeres especialmente necesitadas y vulnerables, que tienen grandes dificultades para sacar adelante a sus familias. Kimlea forma a mujeres del ámbito rural de Kenia que cobran 1 dólar por ocho horas de trabajo. Algo parecido puede decirse de Harambee, impulsado por don Álvaro con motivo de la beatificación de san Josemaría. Harambee es un proyecto internacional de solidaridad que promueve iniciativas de educación en África y sobre África, a través de proyectos de desarrollo en el área subsahariana y de actividades de sensibilización en el resto del mundo, difundiendo los valores, las cualidades y las posibilidades de futuro del continente africano.

Hermanos, aprendamos de Don Álvaro a plantearnos grandes proyectos y obras de gran envergadura. Lo haremos si somos humildes de verdad y no sumamos “uno más uno” –nuestros medios humanos–, que da un resultado ridículo, sino “uno más uno más Dios”, cuyo valor es incalculable. Como ha escrito el Papa Francisco con motivo de su Beatificación: “El Beato Álvaro del Portillo nos envía un mensaje muy claro, nos dice que nos fiemos del Señor, que él es nuestro hermano, nuestro amigo que nunca nos defrauda y que siempre está a nuestro lado”.

No quiero terminar sin referirme a la devoción que el nuevo beato profesaba a la Santísima Virgen. Todos recordáis que, entre 1978 y 1980, con motivo de los 50 años de las fechas fundacionales, quiso que esos tres años fueran años marianos dentro de la Obra. Además, en 1992, quiso que la beatificación de san Josemaría fuese acompañada de otro año mariano y nos animó a vivir, con especial intensidad, el Año Mariano que celebró la Iglesia Universal en 1987.

Además, ¿quién de nosotros no recuerda su ritornello: “Meted a la Virgen en todo y para todo”? Si vamos de manos de la Virgen, seremos verdaderamente humildes, hombres y mujeres de amplios horizontes y proyec-

tos, y servidores de quienes tengan necesidad de ayuda para su cuerpo y para su alma. Termino con unas palabras que le dirigió a nuestra Madre en 1983, en una visita a la Basílica de Guadalupe en México: “-Madre nuestra, míranos con esos ojos tuyos llenos de misericordia. Ya nos miras. Lo sabemos. Lo sentimos en lo más íntimo de nuestra alma, y te amamos mucho. (...) Somos hijos de Dios e hijos tuyos, y Tú eres nuestra Madre. ¡Míranos con compasión, no nos dejes nunca! Si nos dejas, cada uno de nosotros se descarría. Y queremos ser muy fieles”.



IV

JORNADA DE PASTORAL

(Parroquia de San Cosme y San Damián, 11-10-2014)

Estamos terminando esta Jornada de Pastoral, que ha resultado un tanto accidentada por causa de esos imponderables que pasan en la vida y se nos escapan. Hubo que cambiar de fecha y a ultimísima hora de conferenciante. Quizás el Señor nos ha querido enseñar que las cosas suyas salen adelante no tanto por nuestros proyectos cuanto por su gracia. Y ésta, sin duda, ha sido abundante; quizás más abundante que otras veces, porque nos ha hecho olvidarnos un poco de nosotros mismos.

Estamos celebrando la Eucaristía del envío de catequistas de la diócesis. Aquí estáis una representación importante. Al enviaros a vosotros, enviamos simbólicamente a todos los que van a colaborar en esta importantísima tarea.

Me gustaría deciros únicamente dos palabras. La primera es ésta: “sed” catequistas. La segunda es: “ejerced” como catequistas.

En primer lugar, “sed” catequista. Hoy y siempre esto quiere decir ser discípulos y testigos de Jesucristo. Discípulo es el que se ha encontrado personalmente con Jesucristo, le ha acogido en su cabeza y en su corazón, se ha dejado ganar por él. Un catequista, en efecto, no es sólo una persona que enseña la fe, la moral y la liturgia de la Iglesia durante una hora a la semana. Esto, ciertamente, tiene que hacerlo. Pero no es “un enseñante” o “un profesor” religioso. Él tiene que partir de Jesucristo y llevar a Je-

sucristo a quienes catequiza. Y tiene que hacerlo siendo testigo, es decir, como alguien que dice a los demás su propia experiencia y les invita a compartirla.

Esto ha sido siempre muy importante. Pero hoy lo es de modo muy especial. Porque los niños y adolescentes a los cuales hay que catequizar muchas veces no han tenido la oportunidad de desarrollar la fe que recibieron en el bautismo; además, comienza a ser preocupante el número de niños a los que ya no se bautiza. Algunos lo piden en el momento en que sus compañeros de colegio se preparan para la primera comunión; la mayoría se quedan fuera y hemos de ir a esa periferia para evangelizarles e invitarles al bautismo.

A todos ellos tenéis que llevarles a Jesucristo, a su Persona, a que se relacionen con él, a que le vean como quien realmente es: su amigo, su salvador y su redentor. Esto no se aprende en los Catecismos, por bien hechos que estén y por mucho que se estudien. Esto se aprende tratando nosotros a Jesucristo, estando con él, como los apóstoles. Ellos tenían muchos defectos y grandes limitaciones. Pero el trato con Jesús les fue desbastando poco a poco y convirtiéndoles en discípulos suyos.

¿No os parece que esto es apasionante; más aún que no hay cosa tan apasionante como hacerse y hacer discípulos de Jesucristo? Por eso, entusiasmaos con vuestra tarea.

La segunda palabra que os quiero decir es esta: “ejerced” como catequistas a la altura de las exigencias de hoy. Me he referido antes a que la catequesis no es una lección que se da una hora a la semana en la parroquia o en otro lugar. El catequista no puede ser un funcionario que ejerce su función en el tiempo y lugar que le han asignado y luego se olvida por completo de los niños que catequiza. Al contrario, esos niños y sus padres pasan a formar parte de su vida. Tiene que pensar en ellos de modo habitual. Tiene que quererlos de verdad. Tiene que rezar por ellos. Tiene que acompañarles más allá de la hora de catequesis. Tiene que conocer su vida: su familia, sus amigos, su colegio, sus gustos, sus cualidades, sus defectos.

Por eso, quizás la mejor expresión de ejercer como catequista es la del acompañante. El acompañante es un compañero que se sitúa al lado del caminante para hacer con él el camino; compartiendo el cansancio y las alegrías, los desánimos y los entusiasmos, los gozos y las fatigas. El catequista ha de tener un bagaje mínimo de conocimientos, estar dotado de ciertas habilidades, dedicar tiempo a preparar la catequesis, actualizarse en los contenidos y metodologías. Pero esto no es lo más importante. Lo verdaderamente decisivo es acompañar a los niños, dedicarles tiempo y preocupaciones.

Quizás a alguno de vosotros os pueda parecer que no estáis preparados o que esto sobrepasa vuestras fuerzas y cualidades. Todos hemos sentido la misma impresión ante la llamada de Dios para ejercer un determinado ministerio u oficio. Pero Dios se las arregla para remediar nuestras deficiencias y poco a poco nos va capacitando. Basta que le dejemos hacer y que colaboremos sin desanimarnos. Por tanto, confianza en Jesucristo y fe en él.

Queridos catequistas: permitidme que os agradezca todo el entusiasmo, el interés, la entrega, la disponibilidad que vais a demostrar en vuestras parroquias al responder a vuestra vocación de ser apóstoles mediante la catequesis parroquial. Sé que os va a costar sacrificio, pues tendréis que renunciar a vuestro tiempo y a vuestras cosas. Pero recordad que Jesús no es cicatero y, a cambio de esto, os pagará con la mejor de todas las monedas: esa alegría que sólo él sabe dar y que no es comparable con nada. Id, pues, con alegría y gozo en el nombre del Señor.



Mensajes

I

UNA QUINCENA DE INTENSA ORACIÓN

(Cope, 5-10-2014)

Mañana, lunes, comienza en Roma una Asamblea general extraordinaria, con obispos de todo el mundo, para tratar sobre la Familia. A esta asamblea extraordinaria –que durará dos semanas– seguirá otra ordinaria en octubre de 2015, que concretará en líneas de acción las propuestas que se hayan ido elaborando a lo largo de este año.

Desde que el Papa anunció un Sínodo para pensar “sobre la familia con profundidad y sin caer en la casuística”, en el que habría que tratar la situación de los divorciados, han sido muchos los intentos de polarizar el Sínodo en torno a esa cuestión y, más en concreto, a la comunión de quienes, después de divorciarse, se han unido civilmente a otra persona.

El Sínodo no caerá en la tentación de tratar exclusivamente el tema de los divorciados y, menos todavía, de la comunión a los que se han unido civilmente a otra persona. Es claro que no pasará por alto sobre esas cuestiones, máxime después del bombardeo informativo a que ha sido sometida la opinión pública. Pero no lo es menos que hay otros muchos temas que son más importantes. Baste pensar, por ejemplo, en la necesaria formación que ha de preceder al matrimonio, en la educación de los hijos o en el papel de la familia en la nueva evangelización.

Como ha dicho el papa Francisco, “lo que se nos pide es recordar lo bello, auténtico y bueno que es formar una familia, ser familia hoy; lo indispensable que es esto para la vida del mundo, para el futuro de la

humanidad. Se nos pide que realcemos el plan luminoso de Dios sobre la familia”.

El Papa es suficientemente inteligente y realista para no querer decir con esto que la vida familiar sea un camino de rosas. El matrimonio y la familia, como cualquier otra realidad humana, están llenos “de alegrías y esperanzas, de fatigas y sufrimientos”. Hay que estudiar todo esto, ver los problemas y dar respuestas. Esto exige ir a lo esencial, al núcleo, sin perderse en asuntos de segundo orden, por urgentes que puedan parecer. Hay que profundizar en la teología de la familia y en la pastoral que hemos de emprender en las condiciones actuales.

Un tema clave es si los católicos conocen bien las enseñanzas sobre el matrimonio y la familia, tanto las que derivan de la ley natural como las que se encuentran en la Biblia y el Magisterio de la Iglesia. Relacionado con esto está el tema de la educación para la vida familiar, lo cual incluye la preparación al matrimonio, la orientación en los momentos de crisis, la formación sobre los métodos naturales de regulación de la natalidad. No cabe duda de que el modo más eficaz de abordar el problema de los católicos divorciados es ver cómo preparar a los que se casan para que no fracasen en su matrimonio.

Otro punto principalísimo es el papel que le corresponde a la familia en la nueva evangelización. Este aspecto incluye temas tan capitales como la transmisión de la fe en la familia, la oración y los sacramentos, la educación religiosa de los hijos, la atención a las familias de inmigrantes y la acción evangelizadora de la familia en la sociedad actual. Este último punto es crucial, pues si la secularización de la sociedad ha venido, en buena medida, gracias a la secularización de las familias, la regeneración de la sociedad pasa inevitablemente por regenerar a las familias.

Todo esto requiere gran claridad de mente, visión amplia de futuro y un corazón inmenso para conectar con los sentimientos profundos de las familias de hoy. La tarea que tienen los Padres sinodales es difícil aunque apasionante. Por eso, me gustaría que encontraran eco en la oración intensa y confiada de los sacerdotes, religiosos y seglares de la diócesis. Es también un modo eficaz para superar las presiones foráneas y las falsas expectativas que algunos van a crear. El santo Rosario, cuyo mes acabamos de iniciar, será un instrumento sencillo pero muy eficaz para lograrlo.



II

RENACE LA ALEGRÍA. YO SOY EL DOMUND

(Cope, 12-10-2014)

Con este sugestivo lema se celebra el próximo domingo, 19 de octubre, el DOMUND, sigla que corresponde a “Domingo mundial de la propagación de la fe”. Toda la Iglesia que vive en España vibrará de modo especial ese día. Lo hará para pedir a Dios con más insistencia e intensidad que siga creciendo el número de misioneros en todo el mundo; y para apoyar con su generosa ayuda económica a las múltiples necesidades que hay en África, Hispanoamérica, Filipinas, etcétera.

Quizás nos hemos preguntado alguna vez cuántos misioneros españoles hay en el mundo, qué hacen y cómo se les puede ayudar. He pensado que lo mejor es darles la palabra a ellos mismos. No pueden hablar los 13 mil que están a lo largo y ancho de todas las geografías. Pero los testimonios que aquí aparecen son una muestra de lo que, de una forma u otra, todos llevan a cabo.

“El misionero –nos dice el obispo burgalés de Puyo, Ecuador– hace renacer la alegría en tantos rostros sufrientes de sus hermanos. Visitando en aquella choza donde el enfermo yace en el duro suelo: es Juanito con su cáncer, que espera nuestra bendición y el perdón de sus pecados para partir al paraíso, y lo hace poniendo los ojos fijos en el crucifijo. Es aquel viejecito indígena Wanpuch que siempre buscó la venganza y hoy sabe perdonar y te dice: ‘yo quiero ser cristiano, bautizarme y casarme por la Iglesia’. Es aquel fiel catequista Chiquit que se ha entregado a enseñar a sus hermanos”.

Asunción Ciurana, carmelita misionera teresiana en Filipinas, cuenta que tienen “un centro que atiende a las familias más pobres en Lucena. Trabajamos en varios proyectos: tenemos un parvulario con comedor para niños malnutridos; damos trabajo a las madres que cosen y hacen trabajos manuales; facilitamos el estudio de los niños y jóvenes, atendiendo a sus problemas de salud. Soy muy feliz dándome a las necesidades de los más necesitados”.

“A veces, mientras estoy trabajando en el hospital, me viene a la mente –dice Raquel, misionera dominica en Mozambique– la imagen de una gran presa de agua que estuviese a punto de estallar y los que nos dedicamos a la salud anduviésemos como locos intentando tapar las múltiples brechas

que ya están apareciendo en el gran muro; y que todos sabemos que va a terminar por reventar. Pero la fuerza con que se impone esta situación de injusticia, no logra oscurecer los signos de esperanza. Cada día soy testigo de milagros de esperanza”.

Por su parte, Adrián, misionero comboniano en Tanzania, confiesa: “Lo que a la gente le parece más espectacular son los proyectos que realizamos: las construcciones que se hacen, la ayuda a los necesitados, las escuelas, los hospitales y dispensarios que montamos”. Sin embargo, “lo más importante para mí, lo que realmente me empujó a ser misionero, es ser enviado para llevar el evangelio de Jesús a los pueblos que nunca oyeron hablar de él. Darles a conocer el modelo de persona que Dios nos propone. Para los paganos y para todos los creyentes de otras religiones somos el rostro del Resucitado”.

Este pequeño muestrario habla por sí solo. Porque es representativo de esa labor inmensa que realizan nuestros misioneros en todos los continentes. Es la fuerza que expande la Palabra de Dios, el fruto que produce la caridad de Cristo, la alegría y esperanza que siembran quienes han entendido que vale la pena gastar la vida por los demás. ¿Cómo no rezar a Dios que multiplique este tipo de personas y cómo no colaborar económicamente para que construyan templos, compren vehículos, formen a los catequistas, atiendan proyectos sociales, sanitarios y educativos, y todo ello como consecuencia de su amor a Jesucristo? ¿No es verdad que así renace la alegría para nosotros y para quienes serán ayudados?



III

EL PAPA DEL CONCILIO Y DE LA HUMANAE VITAE

(Cope, 19-10-2014)

Hoy, 19 de octubre, es beatificado en Roma el papa Pablo VI. La ceremonia será presidida por el papa Francisco y estará presente Benedicto XVI, pues fue él quien proclamó “la heroicidad de sus virtudes”. El papa Francisco ha hecho coincidir la beatificación con la conclusión del Sínodo Extraordinario, que se ha celebrado en Roma las dos últimas semanas. Con

ello, además de posibilitar la presencia de muchos cardenales y obispos de todo el mundo, dejará patente la íntima relación que existe entre la familia y Pablo VI. No en vano fue él quien publicó el documento más importante del magisterio moderno sobre la defensa de la vida y la familia; y quien, en ese documento profético, predijo las consecuencias nefastas que traería consigo eliminar del acto conyugal la apertura a la vida.

Precisamente, Pablo VI ha pasado a la historia por ese documento, que tantos dolores le causó por la contestación dentro y fuera de la Iglesia. Pero ha pasado, sobre todo, por ser el Papa a quien la Providencia divina eligió para concluir el concilio Vaticano II –que había convocado e iniciado san Juan XXIII– y llevarlo a la práctica. Sólo Dios sabe los indecibles sufrimientos que ello le supuso, de modo especial por la tergiversación que se hizo de ese magno acontecimiento eclesial y la gran crisis que ello provocó en la Iglesia. ¿Quién no recuerda la inquietante frase que Pablo VI pronunció en su noveno año de Pontificado: “El humo de Satanás ha entrado por una rendija de la Iglesia”? Pablo VI pasará también a la historia como el Papa del diálogo. A él dedicó su primera y gran encíclica “*Ecclesiam suam*” y a él consagró su largo servicio en la Secretaría de Estado y, luego, como cardenal arzobispo de Milán.

Pablo VI inició, además, el carácter “viajero” –que se ha hecho ya clásico– de los últimos pontífices. Viajó, de hecho, a numerosos países, como Tierra Santa, la India, la ONU, Fátima, Turquía, Ginebra (Suiza), Colombia, Uganda y extremo Oriente.

Pablo VI –Giovanni Battista Enrico Antonio María Montini– había nacido en Lombardía el 26 de septiembre de 1897 en el seno de una familia profundamente cristiana. Estudió la carrera diplomática de la Iglesia y prestó sus servicios durante muchos años en la Secretaría de Estado del Vaticano, donde ocupó durante mucho tiempo el cargo de Sustituto, que es el tercer puesto de responsabilidad en la Santa Sede. Pío XII lo envió a la prestigiosa diócesis de Milán y le nombró cardenal. A la muerte de Juan XXIII eran muchos los que pensaban que sería su sucesor, como así fue. Durante quince años fue el Pastor universal de la Iglesia. El 6 de agosto de 1978 falleció en Castel Gandolfo.

La Causa de su canonización ha sido llevada por el postulador padre Antonio Marazzo. Él ha sido quien eligió el milagro que era necesario para su Beatificación, después que Benedicto XVI le declaró Venerable. El milagro sucedió en California en los años 90 y se refiere a la curación de un niño que todavía no había nacido. Durante el embarazo, los médicos encontraron un problema en el feto que traería graves consecuencias cerebrales, por lo que sugirieron a la madre el aborto como único remedio. Ella se opuso y prefirió seguir adelante con su embarazo. Entonces se encomen-

dó a la intercesión de Pablo VI. El niño nació sin problema. Se esperó a que llegara a la adolescencia para constatar si proseguía la ausencia de consecuencias y si la sanación era perfecta, como así resultó. Según declaró el padre Marazzo a Radio Vaticana se trata de “un acontecimiento realmente extraordinario y sobrenatural”.

Con la elevación a los altares de Pablo VI son ya tres los pontífices contemporáneos nuestros cuya santidad de vida ha sido reconocida por la Iglesia y que nos propone como intercesores y modelos para que nos ayuden a realizar a nosotros la gran propuesta del Vaticano II: la llamada a la santidad. ¡Ojalá que la intercesión de Pablo VI salve y proteja a los no nacidos del mundo entero!



IV

DOCUMENTO CONCLUSIVO DEL ÚLTIMO SÍNODO DE LOS OBISPOS

(Cope, 26-10-2014)

El pasado 18, sábado, se clausuró el Sínodo de los Obispos celebrado en Roma durante las dos semanas precedentes. Ese mismo día se hizo público el documento conclusivo y por deseo expreso del Papa –es la primera vez que acontece– el resultado de las votaciones de cada número.

Con el deseo de que todos podamos tener criterios de juicio y actuación, me permito hacer algunas indicaciones. Ante todo, conviene saber que este documento no es del Papa ni de los Obispos en general. Es un *documento de trabajo* que está abierto a ulteriores enriquecimientos. Ahora, toca a las Conferencias episcopales de toda la Iglesia y a las diócesis, estudiarlo, orarlo, valorarlo y enriquecerlo con nuestras aportaciones. Todo ese material se incorporará al documento que entrará en la segunda parte del Sínodo, que celebrará del 5 al 24 de octubre de 2015. Allí será nuevamente estudiado y valorado. Después de ello, los Padres sinodales presentarán al Papa sus puntos de vista, para que él elabore un documento, si así lo cree oportuno. Será entonces cuando tendremos un documento magisterial que será, sin duda, de suma importancia y trascendencia.

En segundo lugar, el documento de ahora *no ha cambiado la doctrina de la Iglesia* sobre el matrimonio y la familia, ni sobre la necesidad de arrepentimiento y confesión sacramental para acercarse a comulgar si existe conciencia de pecado grave. Al contrario, ratifica que el matrimonio es indisoluble, que el divorcio es siempre contrario a la voluntad de Dios y que Jesucristo, cuando perdonaba a los pecadores, siempre les decía algo parecido a lo que dijo a la mujer sorprendida en adulterio: “Vete y no vuelvas a pecar”. Sin embargo, tampoco es un documento *frío y distante*. Al contrario, es muy cercano a la experiencia y a la sensibilidad del mundo moderno. La Iglesia no cierra los ojos a la realidad. Pero, viéndola en toda su crudeza, se acerca a ella como lo hace una madre cuando sus hijos están en una grave dificultad. No renuncia a su condición de “maestra”, pero la conjuga con sus entrañas de “madre”. Por este motivo el documento contempla las uniones de quienes no están casados, de los divorciados que sufren la injusticia del abandono, de los divorciados que se han vuelto a unir civilmente con otra persona, o de quienes tienen tendencias homosexuales o lésbicas. Lo hace para hacer lo que pueda y hasta donde pueda, en cada caso.

Cierta prensa ha vuelto a esgrimir las mismas armas que usó durante el concilio Vaticano II. Es previsible que se siga moviendo en esta dialéctica durante los próximos meses. Así, ha querido presentar este Sínodo como una ruptura con el pontificado de Juan Pablo II y Benedicto XVI y como la llegada a la Iglesia de una anhelada primavera tras el largo invierno de esos pontificados. No hay tal. Bastaría recordar que san Juan Pablo II publicó un documento importantísimo y referencial, tras un Sínodo sobre la familia: la famosa “Familiares consortio”. En ella ya contemplaba la posibilidad de que –en ciertos supuestos y condiciones bien precisas y siempre de modo excepcional, no general– pudiesen comulgar los divorciados vueltos a casar civilmente. Ciertamente ni él ni nadie puede dar por roto el vínculo matrimonial. Pero manteniendo ese principio, pueden concurrir circunstancias que permitan acceder a la comunión sacramental. Además, la comunión sacramental no es lo único a lo que cabe aspirar. Siempre es posible leer la Palabra de Dios, rezar, hacer obras de caridad, seguir considerándose Iglesia, recibir la ayuda del acompañamiento, etc.

Me gustaría reiterar que deseo vivamente que desde todos los rincones de la diócesis supliquemos a la Sagrada Familia que nos asista a todos en la preparación de la segunda parte del Sínodo y, muy especialmente, a los que participarán en él.



Decreto

I

CREACIÓN DEL SECRETARIADO PARA LA RELIGIOSIDAD POPULAR Y COFRADÍAS

FRANCISCO GIL HELLÍN
ARZOBISPO DE BURGOS

En virtud de mis facultades ordinarias, habida cuenta de la necesidad de impulsar la nueva evangelización en nuestra Archidiócesis y la importancia de la religiosidad popular en la vida del pueblo cristiano ya que en la religiosidad popular el pueblo manifiesta su fe y encuentra impulsos para hacer su camino de vida cristiana,

Establezco en nuestra diócesis de Burgos el Secretariado Diocesano para la Religiosidad Popular y Cofradías con los siguientes fines:

- Cuidar pastoralmente y ayudar a que las procesiones, romerías y todas las actividades que en este sentido desarrollen las distintas parroquias y cofradías, tengan un carácter misionero y estén orientados a conseguir una mayor evangelización de cuantos en ellas participan.
- Potenciar los santuarios y ermitas de nuestra diócesis como lugares de evangelización.
- Programar encuentros con las cofradías e impulsar un plan de formación para sus integrantes.
- Acompañar, junto con la Pastoral con Inmigrantes, las experiencias de religiosidad popular de sus iglesias de origen, y ayudar a que desarrollen todo su riqueza evangelizadora .

Al frente de dicho Secretariado estará un Director que contará con un equipo asesor y que colaborará con él en su tarea pastoral.

Este Secretariado dependerá de la Vicaria de Pastoral.

Dado en Burgos, a 30 de octubre de 2014.



✠ FRANCISCO GIL HELLÍN
Arzobispo de Burgos

Por disposición del Sr. Arzobispo
ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General



II

AÑO JUBILAR TERESIANO EN LA DIÓCESIS DE BURGOS

Teniendo en cuenta que el día 15 de este mes de octubre inicia el Año Jubilar Teresiano en España, y haciendo nuestro el Decreto de la Penitenciaría Apostólica que se transcribe a continuación, por las presentes invito a todos los diocesanos a beneficiarse de las gracias que con tal motivo otorga la Iglesia a cuantos peregrinen personal o comunitariamente a alguno de los tres conventos carmelitanos con que cuenta la Diócesis: Iglesia de los Padres Carmelitas de Burgos, sita en el Paseo del Empecinado, 1; convento de las Carmelitas Descalzas de Burgos, sito en la Plaza de Santa Teresa, 4 y convento de las Carmelitas Descalzas de Lerma, sito en Calle El Carmen de Lerma.

Asimismo exhorto a los sacerdotes que además de promover peregrinaciones con sus feligreses a dichos lugares, “se dispongan con ánimo generoso a la celebración penitencial y administren la Sagrada Comu-

nión a los enfermos” a fin de que los fieles puedan lucrar las indulgencias establecidas.

Dado en Burgos a 1 de octubre de 2014.



✠ FRANCISCO GIL HELLÍN
Arzobispo de Burgos

Por disposición del Sr. Arzobispo
ILDEFONSO ASENJO QUINTANA
Canciller Secretario General



III

PENITENCIARÍA APOSTÓLICA

*En el quinto centenario del nacimiento
de santa Teresa de Jesús*

Por mandato del Santísimo Padre Francisco, manifestada de buen grado su paternal benevolencia, concede el Año Jubilar Teresiano en España con la siguiente indulgencia plenaria a los fieles verdaderamente arrepentidos, con las condiciones acostumbradas: confesión sacramental, Comunión Eucarística y oración por las intenciones del Romano Pontífice, que podrá lucrarse una vez al día y también podrán aplicar por las almas de los fieles todavía en el Purgatorio si visitan en forma de peregrinación alguna catedral, templo o santuario jubilar y allí asisten a algún rito sagrado o, al menos, oran durante un tiempo suficiente ante alguna imagen de santa Teresa solemnemente expuesta, terminando con la oración del Padrenuestro, Credo, invocación a la Virgen María y a santa Teresa de Jesús.

Los devotos cristianos que estuvieran impedidos a causa de la ancianidad o por grave enfermedad, igualmente podrán lucrar la indulgencia plenaria si, arrepentidos de sus pecados y con propósito de realizar lo antes posible las tres acostumbradas condiciones, ante alguna pequeña imagen

de santa Teresa de Jesús, se unieran espiritualmente a las celebraciones jubilares o peregrinaciones y rezan el Padrenuestro y el Credo en su casa o en el lugar donde permanezcan a causa de impedimento, ofreciendo los dolores y molestias de la propia vida.

Todos los fieles de España, si estuvieran en cama, también podrán alcanzar indulgencia parcial, incluso varias en un mismo día, cuantas veces con corazón contrito practicasen obras de misericordia, actos penitenciales o de evangelización propuestos por el obispo diocesano, invocando a santa Teresa de Jesús, que compensó su deseo de martirio con limosnas y otras buenas obras.

Finalmente, para poder acceder con más facilidad al divino perdón conforme a la autoridad sacramental de la Iglesia, en aras de la caridad pastoral, esta Penitenciaria ruega encarecidamente que los penitenciaros de las iglesias catedrales, los canónigos y clero, y además los Rectores de los santuarios se dispongan con ánimo generoso a la celebración penitencial y administren la Sagrada Comunión a los enfermos.

El presente decreto tendrá validez durante todo el Año Jubilar Teresiano no obstante nada en contra.

MAURUS S.R.E.
Card. Piacenza
Penitenciario Mayor



Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SEÑOR ARZOBISPO-MES DE OCTUBRE

- Día 1: Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española.
- Día 2: Visitas. Preside la santa misa en la parroquia de San Fernando con motivo de la fiesta patronal del Cuerpo Nacional de Policía.
- Día 3: Preside la Eucaristía en el Hospital del Rey con motivo de la inauguración del curso de la Universidad.
- Día 4: Participa en la toma de posesión del arzobispo de Valencia.
- Día 6: Visitas. Por la tarde preside la misa de acción de gracias por la beatificación de Mons. Álvaro del Portillo en la catedral.
- Día 7: Visitas.
- Día 8: Visitas. Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con niños y padres, Misa estacional y reunión con agentes de pastoral en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario.
- Día 9: Visitas. Por la tarde preside la toma de posesión de dos nuevos canónigos en la catedral.
- Día 11: Preside la profesión solemne de una Sierva de Jesús. Jornada Diocesana de Pastoral con la intervención de D. José María Gil Tamayo, secretario general de la Conferencia Episcopal Española. Por la tarde Fiesta de la Fe con celebración de la Eucaristía en la parroquia de San Cosme y San Damián.

- Día 12: Preside la eucaristía en Villímar con motivo de la fiesta patronal.
- Día 13: Consejo de Gobierno y reunión con los nuevos arciprestes.
- Día 14: Visitas.
- Día 15: Participa en la eucaristía de inauguración del Año Jubilar con motivo del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús en Ávila.
- Día 19: Participa en la beatificación del Papa Pablo VI.
- Día 22: Visita al Cardenal Filoni, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.
- Día 23: Visita al Cardenal Amato, Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos. Saluda a Mons. José Ignacio Munnilla y al COF en la celebración del 15 aniversario de su fundación y actividad.
- Día 24: Visitas. Comisión Permanente del Consejo Episcopal de Gobierno. Por la tarde administra el sacramento de la confirmación en la parroquia del Espíritu Santo de Burgos.
- Día 25: Participa en la toma de posesión del Arzobispo de Madrid. Por la tarde saluda a los que realizan el máster de pastoral familiar y más tarde a los jóvenes que participaron en el curso “centinelas de la mañana”.
- Día 26: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con niños y padres y Misa estacional en la parroquia de Nuestra Señora de las Nieves.
- Día 27: Visitas.
- Día 28: Visitas. Recibe, entre otros, a la superiora general de las Hospitalarias de Jesús Nazareno. Por la tarde Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con los trabajadores y a continuación con los voluntarios de caritas arciprestal.
- Día 29: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con padres en la parroquia de San Lesmes.
- Día 30: Visita pastoral en el arciprestazgo del Vena: encuentro con el Consejo Parroquial y Misa estacional en la parroquia de San Lesmes. Visita sacerdotes enfermos en el hospital.
- Día 31: Visitas. Reunión con la permanente del Consejo de Gobierno.

Vicaría General

SOBRE EL ASIENTO DE INCINERACIONES EN EL LIBRO DE DIFUNTOS

La normativa eclesiástica, manteniendo íntegra su fe en la dignidad del cuerpo y la resurrección de la carne, aconseja que se conserve la piadosa costumbre de sepultar el cadáver de los difuntos. No obstante, no está prohibida la cremación, a no ser que haya sido elegida por motivos contrarios a la doctrina cristiana (cf. c. 1176 § 3).

Las exequias se celebrarán, en la medida de lo posible, antes de que la cremación se lleve a cabo, y en caso contrario, se seguirá lo dispuesto en el Ritual de exequias (cf. libro VI, cap. VII). No se celebrará ninguna otra Misa con las cenizas presentes cuando ya se haya celebrado el funeral con anterioridad, bien de cuerpo presente, bien con las cenizas.

Con el debido tacto pastoral se advertirá a las familias que las cenizas de los difuntos deben inhumarse, siguiendo el sentir de la Iglesia, en lugar sagrado, es decir, en los cementerios, en los columbarios, a la espera de que un día los cuerpos resuciten asociados al Cuerpo glorioso del Señor. No debe considerarse apropiado para un cristiano conservar las cenizas en las casas o la práctica de dispersarlas.

En cualquier caso, con el objeto de despejar las dudas que puedan generarse en esta cuestión y con la finalidad de dejar el oportuno testimonio, procede que en el correspondiente folio del Libro actual de defunciones se haga la anotación de las exequias de los difuntos cuyos cuerpos han sido incinerados, anotación que podrá tener dos redacciones:

- a) Cuando las cenizas se depositan en la sepultura familiar: “El cadáver de D/Da [...] ha sido incinerado el día... y sus cenizas han sido depositadas en el cementerio parroquial/ municipal...”

b) Si las cenizas han sido esparcidas: “El cadáver de D/Da [...] ha sido incinerado el día... y sus cenizas han sido esparcidas”

Es decir, debe anotarse la partida como se hace habitualmente pero señalando la particularidad de que el cadáver ha sido incinerado. De hecho, el c. 1182 no establece distinciones; sólo recuerda que “una vez terminado el entierro, se ha de hacer la debida anotación en el libro de difuntos”.

Cuando el funeral se celebra de cuerpo presente en la Parroquia y después se incinera y se deposita en el cementerio o columbario del lugar, se inscribirá en el libro de difuntos de dicha Parroquia.

Cuando se han celebrado las exequias en un Tanatorio, sin que se haya hecho presente la Parroquia del difunto por alguno de sus sacerdotes, se inscribirá la partida en el libro de Difuntos de la Capellanía del Tanatorio, especificando el hecho de la incineración y el lugar de reposo de las cenizas. En el caso de estar presente el párroco del difunto o de la parroquia en cuyo columbario o cementerio se depositaran las cenizas, la partida se inscribirá en el libro de Difuntos de dicha Parroquia.

Burgos, 15 de octubre de 2014

ANDRÉS PICÓN PICÓN
Vicario General



Secretaría General

I

NOMBRAMIENTOS

- Con fecha de 14 de octubre el Sr. Arzobispo ha nombrado Delegado Diocesano de Misiones y Director Diocesano de Obras Misionales Pontificias al Rvdo. D. José Manuel Madruga Salvador.
- Con fecha 14 de octubre de 2014, el Sr. Arzobispo ha nombrado Consiliario de la Adoración Nocturna Masculina al Rvdo. D. Elías González Barriuso.
- Con fecha 27 de octubre de 2014, el Sr. Arzobispo ha nombrado Director del Secretariado Diocesano para la Religiosidad Popular y Cofradías (recientemente creado) al Rvdo. D. Lucinio Ramos Rebo-llares.
- Con fecha 31 de octubre de 2014, el Sr. Arzobispo ha nombrado Pá-rroco de San Juan de Ortega, de Pedrosa del Río Urbel y de Lodoso, al Rvdo. D. Andrés Picón Picón.



II

JUBILACION

- Con fecha 9 de octubre de 2014, el Sr. Arzobispo ha admitido la solicitud de jubilación “dentro de la seguridad del clero” al Rvdo. D. Juan Álvarez Quevedo.
- Con fecha 16 de octubre de 2014, el Sr. Arzobispo ha admitido la solicitud de jubilación “dentro de la seguridad del clero” al Rvdo. D. Víctor Ochotorena Gómez.



III

EN LA PAZ DEL SEÑOR1) *Rvdo. D. JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ HURTADO*

Sacerdote Diocesano

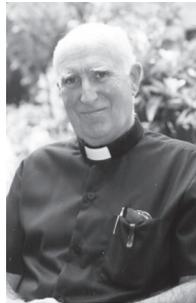
D. José Luis nació en Villandiego el 29 de mayo de 1939. Cursó sus estudios en los Seminarios Menor y Mayor de Burgos. Fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1963. Estos fueron los servicios prestados: Párroco de Covanera, Tubilla del Agua y San Felices de Sedano, Bañuelos y Tablada del Rudrón, Valdelateja, Santa Coloma del Rudrón y Moradillo del Castillo. Párroco de Sedano, Gredilla, Moradillo, Mozuelos de Sedano y Quintanaloma. Vicario Parroquial de San Nicolás de Bari de Miranda. Párroco de Los Barrios de Bureba, Terrazos de Bureba, Las Vesgas, Vileña, Barrio de Díaz Ruiz y Llano de Bureba, Párroco de Isar, Hormazas, Hornillos del Camino, Villagutiérrez. Desde enero de 2009 estaba jubilado por enfermedad.

Escribe el Delegado del Clero: *“Un sacerdote nos ha dejado, pero, los que creemos, como José Luis me comentaba estos días, cuando intentaba, por teléfono, despedirse de todos, que la muerte no es el final sino el momento de recolectar, somos unos privilegiados. Privilegiados de creer. Privilegiados de estar rodeados de gente que cree y lo transmite. Privilegiados de tener la seguridad que la muerte no tiene la última palabra.*

Cuando se cree, no sólo se recuerda al difunto. Dios le recuerda. La Biblia define al hombre como aquel de quien Dios se acuerda, aquel de quien Dios nunca se olvida. Y la memoria de Dios es la garantía de la definitividad del hombre y de su valor imperecedero. Por eso en la iglesia primitiva se mantenía el mismo respeto al cuerpo de Cristo, conservado en el columnario lateral del templo y a los cuerpos de los cristianos, enterrados a su lado. Allí, en esa paz que deriva de la cercanía de Cristo (eso significan las tres letras: RIP), esperan la revelación y redención definitivas. Cada uno está de alguna forma vivo “mientras” uno de los humanos se acuerde de él, lo invoque y evoque con la palabra y rece por él. Pero está vivo “para siempre”, cuando “Aquél que no muere” se acuerda de él. Así: ¡Descansa en paz, José Luis.!”

2) Rvdo. D. JOSÉ LUIS EZQUERRA ARANA

Sacerdote Misionero de Burgos



José Luis Ezquerro Arana nace en Pradoluengo en 1928 y en ese pequeño pueblo de la provincia de Burgos transcurre toda su infancia. Recordaba aquellos años de niño y adolescente con una intensa añoranza a pesar de que los años de la guerra le llenaron de temores y desgarros, y su pueblo quedó en su memoria como el lugar donde uno puede sentirse seguro y protegido, el pueblo al que siempre hay que volver.

Con apenas 13 años se va al Seminario de Comillas, donde se hace sacerdote y se doctora en Teología y Filosofía. En Pradoluengo dice su primera misa en julio de 1953 y su único afán es ir a Buenos Aires a ejercer su sacerdocio y conocer la ciudad en la que su padre había fallecido durante su último año de seminario.

Llega allá con 28 años cargado de energía y voluntad y es destinado a la Parroquia de Santa Juana de Arco de la que es párroco el Padre D. Agus-

tín Elizalde, un padre y un gran maestro para él, muy querido en Buenos Aires, quien sabe sacar partido de la juventud, la voluntad y el entusiasmo de José Luis.

Muy pronto le confía una pequeña y descuidada capilla en Ciudadela, un suburbio enclavado en un polígono industrial, donde había además una precaria vivienda en la que vivía una viejecita que le atiende con mucho cariño pero con muy pobres medios. Allí se instala con sus escasas pertenencias y apoyándose en el fútbol y el frontón, deportes que siempre practicó con tanta habilidad como entusiasmo, fue ganándose a los jóvenes, y poco a poco, con el paso de los años y con el esfuerzo y la ayuda de algunos catequistas a los que contagió su optimismo, agrandó la capilla hasta convertirla en Iglesia, hoy Parroquia de Ntra. Sra. de Fátima, de la que él fue Párroco fundador, hizo de la pequeña vivienda una digna casa parroquial y edificó un colegio bajo la protección de la Virgen de Fátima, que ha ido agrandándose con el paso de los años y en el que en la actualidad se imparten cursos desde jardín de infancia hasta el final del bachillerato.

Sentía un gran orgullo por su colegio del que recordaba la colocación de cada ladrillo, cada columna, cada teja, cada puerta y el nombre de todos aquellos que habían colaborado en su construcción, bien trabajando, bien aportando materiales. Supo rodearse de gente generosa, y su amplia sonrisa y su enorme simpatía le iban abriendo las puertas de los empresarios a quien pedía ayuda.

Como docente, era muy cariñoso, muy paciente y muy comprensivo con los niños y estos le querían muchísimo. Tanto para los alumnos como para las maestras, todas ellas de una gran dedicación, él era el “Padre”. Y acudían a él con absoluta lealtad y confianza. Cada día pasaba por las aulas a felicitar a quien cumpliera años; sabía de las penas y alegrías de las familias de cada alumno y maestro y a todos confortaba y ayudaba, siempre con un excelente buen humor.

Su actividad docente es intensa, pues además es profesor de filosofía en algunos colegios de enseñanza del Oeste de Buenos Aires. Al mismo tiempo que va levantando todo esto, tiene a su cargo la capellanía del Hogar de Ancianos, la del Hospital Carrillo y la del Cuartel de Ciudadela.

A este cuartel cada año llegaban docenas de soldados a hacer el servicio militar. Eran jóvenes de entre 18 y 20 años a los que impartía catequesis, daba su primera comunión e incluso casaba a muchos de ellos que ya tenían hijos o a sus novias embarazadas. Para todo esto, él mismo hizo edificar una capilla dentro del cuartel, toda una novedad en los acuartelamientos de Argentina. Estos casamientos llegaron a hacerse famosos porque los hacía en grupos numerosos y rodeados de gran ceremonia con

acompañamiento de la banda de música del cuartel. Todos los recuerdan como una fiesta alegre y entrañable. La música era una de sus grandes aficiones y le gustaba transmitir a los argentinos todas aquellas canciones que él había aprendido tanto en el Seminario como en la propia Iglesia de su pueblo.

Siempre fue un gran deportista y utilizó este medio para atraer a la Iglesia tanto a los jóvenes de la parroquia, como a sus compañeros militares del cuartel de Ciudadela y a los médicos del Hospital Carrillo con quienes organizaba partidos antes o después de la Misa dominical, para que no descuidaran sus devociones.

Para esta larga e intensa actividad contó siempre con el apoyo incondicional y la abnegación de su madre que dedicó al Padre José Luis y a la Parroquia de Fátima todos y cada uno de los largos días de su vida.

Siempre llevó su pueblo en lo más íntimo de su corazón. En cada misa recordaba al vecino que llevase el santo del día, y a todos aquellos de quien tenía noticia que habían fallecido. Todos los que estaban cerca de él sabían dónde estaba ubicado y cómo era la vida en su querido Pradoluengo. En todas las estancias donde trabajaba, había una lámina con una panorámica de su pueblo donde siempre quiso volver a pasar sus últimos años, pero había arraigado fuertemente en Buenos Aires y nunca encontró el día del regreso.

Y desde el 1º de octubre de 2013, después de 85 años de peregrinaje en este mundo, descansa para siempre en Buenos Aires, esperando su traslado a la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, cerca de la gente a la que tanto amó y a la que entregó su fe, sus enseñanzas, su juventud, su fuerza y su entusiasmo.



Sección Pastoral e información

Colegio de arciprestes

CRÓNICA DEL COLEGIO DE ARCIPRESTES

(Seminario Diocesano de San José, 13-10-2014)

El día 13 de octubre tuvo lugar la primera reunión del curso pastoral 2014-2015 del colegio de arciprestes. Contó con la presencia de D. Francisco, el Vicario General, el Vicario de Pastoral (moderador de la reunión), los tres Vicarios de zona y doce arciprestes (faltaron Amaya, La Sierra y Vega).

Comienza el encuentro con el rezo de Hora intermedia y, a continuación, D. Francisco dirige unas palabras de saludo destacando que la labor del arcipreste no es tanto jurídica como la de animar, coordinar y preocuparse por los hermanos sacerdotes.

Se trataron los siguientes temas.

1. Parroquia evangelizadora: evangelización de nuestras comunidades. Unidades parroquiales. Línea 6 del Plan pastoral

El impulso evangelizador a nuestras parroquias y la formación de las Unidades Parroquiales son dos temas diferentes que tienen una misma finalidad, hacer nuestras parroquias más evangelizadoras. Sobre una parroquia evangelizadora se hizo el año pasado un documento con unas reflexiones.

Sobre las U.P. también el año pasado se indicaron tres pistas de trabajo:

a) Determinar las cabeceras de cada U.P. con su territorio.

- b) Crear ya alguna U.P. (Medina y Villadiego se han dado pasos... este año hay que ir pensando en San Juan de Ortega).
- c) Pensar en una buena distribución del trabajo entre los domingos (con celebraciones dignas y gozosas) y los días de la semana (para otras actividades pastorales: visita de enfermos, liturgia, catequesis...)

Se abre un diálogo sobre los instrumentos o medios para hacer más evangelizadoras nuestras parroquias. y en él se habló de la Escuela de Evangelización: se pone en marcha en noviembre y está más destinada a los arciprestazgos urbanos; Ubierna-Úrbel va a poner en marcha una escuela arciprestal.

En cuanto a las Unidades Pastorales, se vio la necesidad de establecerlas organizando la pastoral y la evangelización en comisiones o trabajando sectorialmente. En todo ello debe contarse con la implicación del arzobispo o vicarios para exponerlo a los fieles.

2. Religiosidad popular. Línea 7 de Plan Diocesano

Las cofradías tienen una gran capacidad de convocatoria pero no de evangelización. Es necesario elaborar un proceso de formación para ellas y se va nombrar un responsable de religiosidad popular (Lucinio Ramos) a quien se pide que en este tema de la religiosidad popular formule unas pautas a seguir.

Se produce un diálogo en el que se dice que este tema se va a tratar en algunos arciprestazgos; que, para algunas cofradías, el nivel de exigencia es excesivo en cuanto al número de reuniones de formación que se piden, o –por el contrario– que los cofrades no acuden a la formación programada; que no se debe olvidar la dimensión socio-caritativa.

Se deriva la conversación al tema de las ermitas y romerías populares. Hay que aprovechar estos momentos porque la gente acude en masa, y hay que prepararlos bien. Algunos arciprestazgos ya comienzan a tratar este tema de las ermitas.

3. Evangelización de padres. Línea 4 de Plan Diocesano

En esta línea se descubre en las parroquias una gran pluralidad de acciones muy válidas y rica para esta tarea importantísima. Se dialoga sobre muchas realidades (en ocasiones opuestas) entre los padres: interés-desinterés, ilusión-cansancio... El Vicario de Pastoral insiste en la necesidad de esta pastoral, trabajar con los que vengán, redescubrir la fe a los padres.

Se apuntan también peligros: instrumentalizar la catequesis de los hijos para catequizar a los padres, reducir la Pastoral Familiar a este punto, que el nivel de exigencia lo convierta en algo antipático... Se resalta que hay que unir fuerzas y criterios entre las parroquias para que los padres no vayan a otras comunidades donde no se les exige este compromiso.

Surge un nuevo diálogo, a cuenta de unir fuerzas y criterios, sobre la Confirmación: la celebración del sacramento es en 1º de ESO, y es conveniente unir la celebración de las confirmaciones en los arciprestazgos rurales (incluso urbanos) si hay número escaso de confirmandos, entre otras cosas para favorecer la presencia del Obispo.

4. Formación de las delegaciones de la Vicaría Caritativo social. Línea 1 del Plan Diocesano.

D. Andrés nos informa que se van a realizar unos cursos de iniciación en pastoral caritativo-social y otros cursos de formación más específicos.

Por otra parte, se está preparando desde la Vicaría caritativo social un gesto diocesano, un acto público que se realizará después de la presentación del informe FOESSA.

Cáritas ha puesto una trabajadora social para los arciprestazgos rurales, en los que se puede promover una comisión que abarque todo lo caritativo-social, y a los cuales irá un representante de esta Vicaría.

Informaciones, ruegos y preguntas

- En la página web del arzobispado se ha abierto un espacio para que los arciprestazgos puedan colgar su información, etc...
- Se procede a la votación para elegir a cinco representantes en el Consejo Presbiteral: salen elegidos Rubén Manrique (9 votos), Javier García C. (9 votos), Julián Galerón (8 votos), Odorico Arranz (7 votos) y Fermín González (7 votos en segunda votación). Los otros diez arciprestes formarán parte del Consejo de Pastoral Diocesano.
- Los Consejos de Pastoral de cada Arciprestazgo han de elegir sus representantes para el Consejo de Pastoral Diocesano, que será a mediados o finales de noviembre.
- Se informa sobre la Jornada de Pastoral y Fiesta de la fe.

EMILIO MAESTRO MANZANAL
Secretario

Delegación de Familia y Vida

CARTA DE LOS DELEGADOS

*A los sacerdotes, encargados de pastoral,
personas interesadas...*

Con el deseo de impulsar la formación de nuevos agentes de pastoral familiar, os enviamos dos propuestas y ofertas muy cercanas a nosotros.

Pensad alguna persona de vuestras parroquias, movimientos o comunidades que pudieran formarse en este aspecto para así poder colaborar en la pastoral familiar de vuestras parroquias o comunidades. Lo necesitamos. Pues consideramos que es un objetivo prioritario para impulsar la pastoral familiar de nuestra diócesis y de nuestras comunidades. Muchas gracias.

1) AULA DE FORMACIÓN MATRIMONIAL

Organizado por la Facultad de Teología de Burgos

- Costará de dos cursos (2014-2015 y 2015-2016) de 30 horas cada uno impartidas los lunes de 19 a 21 horas. Comienza en Noviembre.
- La matrícula se puede hacer en la secretaria de la Facultad o vía internet.

2) MASTER EN CIENCIAS DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

Pontificio Instituto Juan Pablo II.

Especialidad universitaria en pastoral familiar.

Tenemos la suerte de que Burgos es sede de los encuentros trimestrales.

Tenéis la información en los adjuntos y en la web www.jp2madrid.org

Delegación de Medios de Comunicación Social

I

JORNADA DE PASTORAL

(11-10-2014)

*Gil Tamayo: “Queremos una Iglesia en salida,
no una Iglesia de invernadero”*

Esta mañana arrancaba la Jornada de Pastoral con el título “Llamados a una nueva etapa de evangelización”, y lo ha hecho con la intervención de **José María Gil Tamayo**, portavoz y secretario general de la Conferencia Episcopal Española.

Gil Tamayo ha comenzado su conferencia recordando el momento de la renuncia de **Benedicto XVI**, un papa del que ha destacado su enorme bagaje intelectual y su humildad y honradez a la hora de dejar paso a otro pastor que guiase el pueblo de Dios en esta etapa de la Historia. Y tras él, salió elegido como papa Jorge Mario Bergoglio, un cardenal argentino que estaba pensando en retirarse, “pero que es el aire fresco que la Iglesia necesitaba y que Benedicto XVI posibilitó”. Un papa, Francisco, al que Gil Tamayo ha calificado como “regalo de Dios”, y del que ha destacado su deseo de promover una “Iglesia en salida, que sale de su autorreferencialidad, de su encierro en sí misma. Esa tentación la tenemos siempre: que estemos lo mismo, encerrados en nuestro cuartel y añorando tiempos mejores”.



José María Gil Tamayo (izda),
junto con el vicario de pastoral Máximo Barbero

“Cristo no sólo llama a la puerta para entrar, sino también para salir y acudir al encuentro de todos: religiosos, laicos, matrimonios, jóvenes, niños, etc. La Iglesia ha de salir a las periferias existenciales, aunque encontremos una situación como la actual en la que se le niega su presencia en el espacio público, en el que se impone que hay que estar despojado de identidad moral. Esto ya es un dogmatismo, pues exige que nos guardemos nuestra fe en casa”.

Cristo, en el centro

Gil Tamayo también reflexionó sobre el conocimiento superficial de la fe que tienen muchos cristianos y la fe tan privada que viven algunos, “el colmo de la autorreferencialidad, no queremos una Iglesia de invernadero, sino de culto y de mantener compromisos”.

“Hemos de lograr que suene a nuevo, no vale una pastoral de mantenimiento ni de añoranza, ni podemos caer en la tentación de crear guetos. No nos quedemos en una historia pasada y exhibiendo patrimonio. Pongamos a Cristo de nuevo en el centro, ese Cristo que es el Hijo del Hombre glorioso, pero al mismo tiempo el hijo de María de Nazaret, el carpintero. Recuperemos el acontecimiento que supone el encuentro con Cristo”.

¿Y cómo recuperar el encuentro con Cristo? “La lectio divina es el itinerario. Recuperemos este encuentro con los testimonios, en la revalorización del domingo, en las lecturas, en el compromiso social de la fe. Porque una Iglesia en salida es una iglesia samaritana, con la entrega al prójimo como

referencia. Se reconocerá que somos sus discípulos amándonos los unos a los otros”.

Dejar atrás una fe superficial y repetitiva

“Algo nos está pasando en este mundo cuando hay crispación, conflictos, radicalismos, materialismo y no somos capaces de dar respuesta a la pobreza; cuando, como dice el papa Francisco, vivimos en un individualismo tan grande que excluimos a jóvenes y ancianos y quitamos a Dios del medio. Hemos de reflexionar, ya que la sensibilidad del mundo ha cambiado, y proclamar el Evangelio requiere ahora creatividad y vencer a la apatía, que es muy contagiosa, y el clericalismo. Hay que preparar a los laicos para que estén presentes en todos los ámbitos, pues su compromiso puede transformar el mundo laboral, el educativo...El cristianismo tiene vocación de calle. El pobre no es una opción que podamos arbitrar a nuestro antojo, sino una opción obligatoria para el cristiano. Activemos ese compromiso social y apoyemos nuestra formación para no quedarnos en una formación de Primera Comunión. A la gente se le bombardea con mensajes contrarios al Evangelio, así que no podemos responder con una fe superficial y repetitiva”.



El auditorio del Salón CajaCírculo,
durante la intervención de Gil Tamayo

Para esta respuesta, el secretario de la Conferencia Episcopal Española ha invitado a dar un paso adelante y sin miedos. “Necesitamos una Iglesia de santos, con condición de pecadores, y esto exige una conversión. Tenemos que revisar el estado de nuestra fe, aprendiendo a ser cristianos

permanentemente y aislando el pesimismo de la Iglesia. La prioridad es evangelizar desde el amor y con el amor de Cristo. Si no sentimos ese deseo de evangelizar, pidamos ayuda para sacudirnos la tibieza. Hay que contemplar con amor el Evangelio para poder transmitirlo, y necesitamos este espíritu contemplativo para valorar la Palabra de Cristo”.

En su intervención con las preguntas del público, José María Gil Tamayo también abordó temas como la vitalidad de la Iglesia en América Latina, la revalorización del papel de la mujer en la Iglesia, la necesidad de recuperar el empeño evangelizador y animó a los presentes a “no tener miedo a la in-temperie ni a manifestar la fe cristiana”.



II

QUINCE AÑOS ORIENTANDO CONFLICTOS FAMILIARES

“Ayudar a la familia y dar respuesta a los diversos problemas que surgen en la vida familiar”. Ese es el reto que la diócesis de Burgos quería afrontar allá por el año 1999, cuando los conflictos en la vida de las familias burgalesas era palpable y faltaban organismos e instituciones que las respaldaran en sus problemáticas. Nació así el COF, el centro diocesano de orientación familiar, un organismo de la Iglesia burgalesa al servicio de las familias de toda la provincia.

Este servicio de atención profesional a las familias cuenta con un equipo de especialistas en orientación familiar, psicología, terapia familiar, derecho, pedagogía, trabajo social o conocimiento de la fertilidad, entre otros. Todos ellos pretenden ayudar y orientar los problemas que surgen en la vida de las familias, como paternidad y maternidad responsables, amor y sexualidad, educación de los hijos y resolución de conflictos familiares.

En sus tres centros de atención de Burgos, Aranda y Miranda, han atendido a lo largo de sus quince años de existencia a casi 3.000 adolescentes, 1.500 padres y madres, casi 400 parejas de novios y dieron respaldo a casi 200 profesionales del mundo de la enseñanza. Solo el año pasado, atendieron a 137 familias, siendo las relaciones de pareja, conflictos de separación y divorcio o conocimiento de la fertilidad algunos de los problemas más comunes.



C.O.F. Burgos
CENTRO DE ORIENTACIÓN FAMILIAR DIOCESANO

**Comprometidos
con la FAMILIA**

- ORIENTACIÓN FAMILIAR
- TERAPIA FAMILIAR
- EDUCACIÓN DE LOS HIJOS
- EDUCACIÓN EN EL AMOR Y LA SEXUALIDAD
- CONOCIMIENTO DE LA FERTILIDAD
- SINDROME POST-ABORTO (TLF. 637 477 266)
- DUELO, ACOMPAÑAMIENTO EN LA PÉRDIDA

Sección Burgos - Ciudad
C/ Victoria 253, 2º A
Tlf. 947 48 74 31

Sección Aranda de Duero
C/ Cascallar 5
Tlf. 651 09 35 00

Sección Miranda de Ebro
C/ Fidel García 12
Tlf. 947 32 38 44 / 699 78 46 57

cof@archiburgos.es - www.archiburgos.es/familia/cof



Elección
de Familia y Vida



Colaboradores:



El COF de Burgos se dispone a celebrar su 15 aniversario a lo largo de este mes de octubre.

Aniversario

Han sido quince años de servicio a las familias que bien merecen ser celebrados. El COF preparó para ello una serie de actos que se repartieron a lo largo de los días 22, 23 y 24 de octubre. El salón azul de Caja Círculo de la plaza de España fue el escenario: el miércoles 22, de una mesa redonda que, llevando por título “¿Para toda la vida?” contó con la presencia de **Alfonso Salgado**, **Carolina Miguel** y **Pablo González**. El jueves 23 de octubre, el obispo de San Sebastián, **José Ignacio Munilla**, pronunció una conferencia titulada “La emergencia afectiva”. Los actos de clausura de esta efemérides contaron con la celebración de una misa en la catedral y posterior acto de reconocimiento en la Facultad de Teología en la tarde del viernes 24 de octubre.

Año teresiano

I

ORACIÓN V CENTENARIO NACIMIENTO DE STA. TERESA DE JESÚS

Dios, Padre nuestro,
te alabamos y te bendecimos,
porque nos concedes la gracia de celebrar
el V centenario del nacimiento
de Santa Teresa de Jesús.

Señor Jesucristo, “amigo verdadero”,
ayúdanos a crecer en tu amistad,
para que, como Teresa,
hija de la Iglesia, demos testimonio de tu alegría ante el mundo,
atentos a las necesidades de la Humanidad.

Espíritu Santo,
ayúdanos a avanzar,
“con limpia conciencia y humildad”,
en el camino de la vida interior,
cimentados en la verdad,
con renovado desprendimiento,
y amor fraterno incondicional.

Como Teresa de Jesús,
 maestra de espiritualidad,
 enséñanos a orar de todo corazón:
 “Vuestra soy, Señor, para Vos nací
 ¿qué mandáis hacer de mí? Amén.

* * *

II

ACTOS EN LA APERTURA DEL V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS EN BURGOS

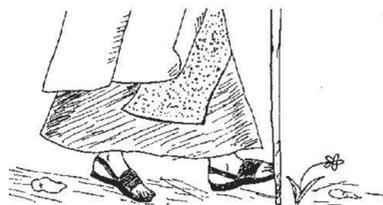
EXPOSICIÓN SOBRE SANTA TERESA

Lugar: Salón del Carmen, Paseo del Empecinado, 1
 Del 7 de octubre al 31
 – De 10,00h a 13,00h
 – De 17,00h a 20,00h



JORNADA DE PASTORAL DIOCESANA

Taller: *Con Teresa, caminar como amigos fuertes de Dios*
 11 de octubre, de 13,15h a 14,40
 Lugar: Seminario Diocesano



SABATINA TERESIANA

Canto de la Salve
 Procesión con la imagen de Santa Teresa
 11 de octubre, a las 19,15h. Iglesia del Carmen
 Presentación de los GOT (Grupos de Oración Teresiana)

**TRIDUO EN LA IGLESIA DEL CARMEN
PARA FESTEJAR A SANTA TERESA**

Eucaristía: 19,30h

Día 12: *Renovar nuestra fe en Jesús*. Pre-
side: P. Pedro Tomás

Día 13: *Afianzar nuestra comunión*. Pre-
side P. Pedro Ángel

Día 14: *Anunciar el evangelio de la vida*.
Preside: P. Carmelo, provincial.

Día 14: Adoración eucarística después de la Eucaristía. De 20,30h a
21,00h.



SOLEMNIDAD DE SANTA TERESA, 15 DE OCTUBRE

- CAMPANADA. A las 18,00 h.: Volteo de campanas de las iglesias de la ciudad. CONVOCATORIA. A las 18,00h.: Delante del Museo de la Evolución.
- SALUDOS DE BIENVENIDA: Del Sr. Alcalde, y del Provincial de los Carmelitas.
- PROCESIÓN CON LA IMAGEN DE SANTA TERESA: Hasta la iglesia de las Carmelitas Descalzas. Con las músicas de la Banda de la Ciudad de Burgos.
- EUCARISTÍA. INAUGURACIÓN DEL CENTENARIO. A las 19,00h.: En la iglesia de las Madres Carmelitas. Presidida por D. Andrés Picón, Vicario General de la Diócesis.

ORACIÓN JOVEN

17 de octubre, 22,00h en el Carmen

TERESA DE JESÚS: PALABRA Y MÚSICA

18 de octubre: Eucaristía de las 19,30h. Iglesia del Carmen

19 de octubre: Eucaristía de las 12,30h. Iglesia del Carmen.

A cargo de Santiago Revuelta

CIPE. Sede de la Comisión del V Centenario

www.cipecar.org – cipe@cipecar.org – 947264267

Noticias de interés

- El día 18 de octubre hizo su Profesión temporal en el Real Monasterio de Santa Dorotea la novicia Sor Gretchel P. Rojo. Para ella y para la comunidad nuestra más cordial felicitación.
- El día 9 de octubre, a las seis de la tarde, tomaron posesión de sus respectivas canonjías D. Micael Hellín Velasco, que será a partir de ahora el Penitenciario de la Catedral, y D.Santiago del Cura Elena, que será el Magistral. Para los dos nuestra cordial felicitación



Foto del Cabildo al completo con el Sr. Arzobispo

- El Secretariado Diocesano de Ecumenismo ha organizado un ciclo de conferencias con motivo del 50 Aniversario de la promulgación del Decreto sobre la Unidad de los Cristianos “*Unitatis Redintegratio*”. Se celebraron en la Parroquia de San Martín de Porres los días 29 y 30 de octubre. Los ponentes fueron el P. Ramón Álvarez Velasco, Monje de Silos y la Dra. Claire Marie Stubbemann.



Comunicados eclesiales

Conferencia Episcopal

Mons. D. CELSO MORGA IRUZUBIETA HA SIDO NOMBRADO ARZOBISPO-COADJUTOR DE MÉRIDA-BADAJOS

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12,00 horas de hoy, miércoles 8 de octubre, la Santa Sede ha hecho público que el Papa **Francisco** ha nombrado arzobispo-coadjutor de Mérida-Badajoz a Mons. D. **Celso Morga Iruzubieta**, actualmente secretario de la Congregación para el Clero en Roma.



Mons. D. **Celso Morga** Iruzubieta nació en Huércanos, La Rioja, el 28 de enero de 1948. Completó sus estudios eclesiásticos en el Seminario diocesano de Logroño y fue ordenado sacerdote el 24 de junio de 1972. Posteriormente, cursó la licenciatura en Derecho Canónico en la Universidad de Navarra, donde obtuvo el Doctorado en 1978 con la tesis “La predicación y la catequesis en los Sínodos de Calahorra-La Calzada y Logroño”.

Más tarde desarrolló su labor pastoral en diversas parroquias de La Rioja y fue vicario judicial adjunto del Tribunal Diocesano entre 1974 y 1980. Ese año se trasladó a Córdoba (Argentina) para impartir la docencia

de Derecho Canónico en el Seminario Archidiocesano. También ejerció de juez en el Tribunal Eclesiástico y de capellán de un colegio religioso.

A su regreso a España en 1984, le nombraron párroco de San Miguel, en Logroño, y en 1987 fue llamado a Roma para trabajar en la Congregación para el Clero, el dicasterio vaticano que se ocupa de los asuntos que se refieren a la vida y ministerio de 400.000 sacerdotes católicos en todo el mundo. Allí ha trabajado de jefe de Sección y, desde noviembre de 2009, de subsecretario, cargo que ha ocupado hasta su nombramiento de secretario y arzobispo titular de Alba Marítima, siendo ordenado obispo por el Papa **Benedicto XVI** en la Basílica de San Pedro el día 5 de febrero de 2011.

Además de su responsabilidad en la Curia Romana, Mons. **Celso Morga** ha desarrollado una intensa labor pastoral en diversas parroquias de la capital italiana, entre ellas la parroquia de los Santos Protomártires Romanos. Es autor de algunos libros de teología espiritual y ha publicado varios trabajos sobre la vida y el ministerio de los sacerdotes, en l'Osservatore Romano y otras revistas.



Comunicados eclesiales

Santo Padre



I

HOMILÍA EN REDIPUGLIA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL INICIO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

(13-9-2014)

Viendo la belleza del paisaje de esta zona, en la que hombres y mujeres trabajan para sacar adelante a sus familias, donde los niños juegan y los ancianos sueñan... aquí, en este lugar, cerca de este cementerio, solamente acierto a decir: la guerra es una locura.

Mientras Dios lleva adelante su creación y nosotros los hombres estamos llamados a colaborar en su obra, la guerra destruye. Destruye también lo más hermoso que Dios ha creado: el ser humano. La guerra trastorna todo, incluso la relación entre hermanos. La guerra es una locura; su programa de desarrollo es la destrucción: ¡crecer destruyendo!

La avaricia, la intolerancia, la ambición de poder... son motivos que alimentan el espíritu bélico, y estos motivos a menudo encuentran justificación en una ideología; pero antes está la pasión, el impulso desordenado. La ideología es una justificación, y cuando no es la ideología, está la respuesta de Caín: «¿A mí qué me importa?», «¿Soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4, 9). La guerra no mira a nadie a la cara: ancianos, niños, madres, padres... «¿A mí qué me importa?».

Sobre la entrada de este cementerio, se alza el lema desvergonzado de la guerra: «¿A mí qué me importa?». Todas estas personas, que reposan aquí,

tenían sus proyectos, tenían sus sueños... pero sus vidas quedaron trunca-
das. ¿Por qué? Porque la humanidad dijo: «¿A mí qué me importa?».

Hoy, tras el segundo fracaso de otra guerra mundial, quizás se puede
hablar de una tercera guerra combatida «por partes», con crímenes, ma-
sacres, destrucciones...

Para ser honestos, la primera página de los periódicos debería llevar el
titular: «¿A mí qué me importa?». En palabras de Caín: «¿Soy yo el guar-
dián de mi hermano?».

Esta actitud es justamente lo contrario de lo que Jesús nos pide en el
Evangelio. Lo hemos escuchado: Él está en el más pequeño de los herma-
nos: Él, el Rey, el Juez del mundo, Él es el hambriento, el sediento, el fo-
rastero, el encarcelado... Quien se ocupa del hermano entra en el gozo del
Señor; en cambio, quien no lo hace, quien, con sus omisiones, dice: «¿A mí
qué me importa?», queda fuera.

Aquí y en el otro cementerio hay muchas víctimas. Hoy las recordamos.
Hay lágrimas, hay luto, hay dolor. Y desde aquí recordamos a las víctimas
de todas las guerras.

También hoy hay muchas víctimas... ¿Cómo es posible esto? Es posible
porque también hoy, en la sombra, hay intereses, estrategias geopolíticas,
codicia de dinero y de poder, y está la industria armamentista, que parece
ser tan importante.

Y estos planificadores del terror, estos organizadores del desencuentro,
así como los fabricantes de armas, llevan escrito en el corazón: «¿A mí qué
me importa?».

Es de sabios reconocer los propios errores, sentir dolor, arrepentirse,
pedir perdón y llorar.

Con ese «¿A mí qué me importa?», que llevan en el corazón los que espe-
gulan con la guerra, quizás ganan mucho, pero su corazón corrompido ha
perdido la capacidad de llorar. Caín no lloró. No pudo llorar. La sombra de
Caín nos cubre hoy aquí, en este cementerio. Se ve aquí. Se ve en la histo-
ria que va de 1914 hasta nuestros días. Y se ve también en nuestros días.

Con corazón de hijo, de hermano, de padre, pido a todos ustedes y pa-
ra todos nosotros la conversión del corazón: pasar de «¿A mí qué me im-
porta?» al llanto... por todos los caídos de la «masacre inútil», por todas
las víctimas de la locura de la guerra de todos los tiempos. Las lágrimas.
Hermanos, la humanidad tiene necesidad de llorar, y esta es la hora del
llanto.

II

HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON EL RITO DEL MATRIMONIO

(Basílica Vaticana, 14-9-2014)

La prima Lectura nos habla del camino del pueblo en el desierto. Pensamos en aquella gente en marcha, siguiendo a Moisés; eran sobre todo familias: padres, madres, hijos, abuelos; hombres y mujeres de todas las edades, muchos niños, con los ancianos que avanzaban con dificultad... Este pueblo nos lleva a pensar en la Iglesia en camino por el desierto del mundo actual, nos lleva a pensar en el Pueblo de Dios, compuesto en su mayor parte por familias.

Y nos hace pensar también en las familias, nuestras familias, en camino por los derroteros de la vida, por las vicisitudes de cada día... Es incalculable la fuerza, la carga de humanidad que hay en una familia: la ayuda mutua, la educación de los hijos, las relaciones que maduran a medida que crecen las personas, las alegrías y las dificultades compartidas... En efecto, las familias son el primer lugar en que nos formamos como personas y, al mismo tiempo, son los “adobes” para la construcción de la sociedad.

Volvamos al texto bíblico. En un momento dado, «el pueblo estaba extenuado del camino» (*Nm* 21,4). Estaban cansados, no tenían agua y comían sólo “maná”, un alimento milagroso, dado por Dios, pero que, en aquel momento de crisis, les parecía demasiado poco. Y entonces se quejaron y protestaron contra Dios y contra Moisés: “¿Por qué nos habéis sacado...?” (cf. *Nm*21,5). Es la tentación de volver atrás, de abandonar el camino.

Esto me lleva a pensar en las parejas de esposos que “se sienten extenuadas del camino”, del camino de la vida conyugal y familiar. El cansancio del camino se convierte en agotamiento interior; pierden el gusto del Matrimonio, no encuentran ya en el Sacramento la fuente de agua. La vida cotidiana se hace pesada, y muchas veces “da náusea”.

En ese momento de desorientación –dice la Biblia–, llegaron serpientes venenosas que mordían a la gente, y muchos murieron. Esto provocó el arrepentimiento del pueblo, que pidió perdón a Moisés y le suplicó que rogase al Señor que apartase las serpientes. Moisés rezó al Señor y Él dio el remedio: una serpiente de bronce sobre un estandarte; quien la mire, quedará sano del veneno mortal de las serpientes.

¿Qué significa este símbolo? Dios no acaba con las serpientes, sino que da un “antídoto”: mediante esa serpiente de bronce, hecha por Moisés, Dios comunica su fuerza de curación, fuerza de curación que es su misericordia, más fuerte que el veneno del tentador.

Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio, se identificó con este símbolo: el Padre, por amor, lo ha “entregado” a Él, el Hijo Unigénito, a los hombres para que tengan vida (cf. *Jn* 3,13-17); y este amor inmenso del Padre lleva al Hijo, a Jesús, a hacerse hombre, a hacerse siervo, a morir por nosotros y a morir en una cruz; por eso el Padre lo ha resucitado y le ha dado poder sobre todo el universo. Así se expresa el himno de la Carta de San Pablo a los Filipenses (2,6-11). Quien confía en Jesús crucificado recibe la misericordia de Dios que cura del veneno mortal del pecado.

El remedio que Dios da al pueblo vale también, especialmente, para los esposos que, “extenuados del camino”, sienten la tentación del desánimo, de la infidelidad, de mirar atrás, del abandono... También a ellos Dios Padre les entrega a su Hijo Jesús, no para condenarlos, sino para salvarlos: si confían en Él, los cura con el amor misericordioso que brota de su Cruz, con la fuerza de una gracia que regenera y encauza de nuevo la vida conyugal y familiar.

El amor de Jesús, que ha bendecido y consagrado la unión de los esposos, es capaz de mantener su amor y de renovarlo cuando humanamente se pierde, se hiere, se agota. El amor de Cristo puede devolver a los esposos la alegría de caminar juntos; porque eso es el matrimonio: un camino en común de un hombre y una mujer, en el que el hombre tiene la misión de ayudar a su mujer a ser mejor mujer, y la mujer tiene la misión de ayudar a su marido a ser mejor hombre. Ésta es vuestra misión entre vosotros. “Te amo, y por eso te hago mejor mujer”; “te amo, y por eso te hago mejor hombre”. Es la reciprocidad de la diferencia. No es un camino llano, sin problemas, no, no sería humano. Es un viaje comprometido, a veces difícil, a veces complicado, pero así es la vida. Y en el marco de esta teología que nos ofrece la Palabra de Dios sobre el pueblo que camina, también sobre las familias en camino, sobre los esposos en camino, un pequeño consejo. Es normal que los esposos discutan. Es normal. Siempre se ha hecho. Pero os doy un consejo: que vuestras jornadas jamás terminen sin hacer las paces. Jamás. Basta un pequeño gesto. Y de este modo se sigue caminando. El matrimonio es símbolo de la vida, de la vida real, no es una “novela”. Es sacramento del amor de Cristo y de la Iglesia, un amor que encuentra en la Cruz su prueba y su garantía. Os deseo, a todos vosotros, un hermoso camino: un camino fecundo; que el amor crezca. Deseo que seáis felices. No faltarán las cruces, no faltarán. Pero el Señor estará allí para ayudaros a avanzar. Que el Señor os bendiga.

III

**DISCURSO A LOS NUEVOS OBISPOS NOMBRADOS
DURANTE EL AÑO**

(Sala Clementina, 18-9-2014)

Me complace encontraros ahora personalmente, porque en verdad debo decir que de algún modo ya os conocía. No hace mucho tiempo me fueron presentados por la Congregación para los obispos o por aquella para las Iglesias orientales. Sois frutos de un trabajo asiduo y de la incansable oración de la Iglesia que, cuando tiene que elegir a sus pastores, quiere actualizar esa noche entera que el Señor pasó en el monte, en presencia de su Padre, antes de llamar a los que quiso para estar con Él y para ser enviados al mundo.

Así que doy las gracias en las personas de los señores cardenales Ouellet y Sandri a todos los que contribuyeron a preparar vuestra elección como obispos y se entregaron por organizar estas jornadas de encuentro, seguramente fecundas, en las que se experimenta la alegría de ser obispos no aislados sino en comunión, sentir la corresponsabilidad del ministerio episcopal y la solicitud por toda la Iglesia de Dios.

Conozco vuestro *curriculum* y alimento grandes esperanzas en vuestras potencialidades. Ahora puedo finalmente asociar la primera impresión que tuve de las listas a los rostros, y tras haber oído hablar de vosotros, puedo personalmente escuchar el corazón de cada uno y fijar la mirada en cada uno para percibir las numerosas esperanzas pastorales que Cristo y su Iglesia depositan en vosotros. Es hermoso ver reflejado en el rostro el misterio de cada uno y poder leer lo que Cristo os ha escrito. Es consolador poder constatar que Dios no deja a su esposa sin pastores según su corazón.

Queridos hermanos, nuestro encuentro tiene lugar al inicio de vuestro camino episcopal. Ya pasó el estupor suscitado por vuestra elección; se superaron los primeros temores, cuando vuestro nombre fue pronunciado por el Señor; incluso las emociones vividas en la consagración ahora se van depositando gradualmente en la memoria y el peso de la responsabilidad se adapta, de alguna manera, a vuestros frágiles hombros. El aceite del Espíritu Santo versado sobre vuestras cabezas aún perfuma y al mismo tiempo va descendiendo sobre el cuerpo de la Iglesia encomendada a vosotros por el Señor. Ya habéis experimentado que el Evangelio abierto sobre vuestras cabezas se ha convertido en casa donde se puede vivir con el Verbo de Dios; y el anillo en vuestra mano derecha, que a veces aprieta mucho o algunas

veces corre el riesgo de deslizarse, posee de cualquier manera la fuerza de unir vuestra vida a Cristo y a su Esposa.

Al encontraros por primera vez, os pido principalmente jamás dar por descontado el misterio que se os ha conferido, no perder el estupor ante el designio de Dios, ni el temor de caminar conscientemente en su presencia y en presencia de la Iglesia que es antes que nada suya. En algún lugar de sí mismo es necesario conservar protegido este don recibido, evitando que se desgaste, impidiendo que haya sido en vano.

Ahora, permitidme hablaros con sencillez sobre algunos temas que me interesan. Siento el deber de recordar a los pastores de la Iglesia el vínculo inseparable entre la presencia estable del obispo y el crecimiento de su rebaño. Toda reforma auténtica de la Iglesia de Cristo comienza por la presencia, la de Cristo que nunca falta, pero también la del pastor que gobierna en nombre de Cristo. Y esta no es una pía recomendación. Cuando el pastor está ausente o no se le encuentra, están en juego el cuidado pastoral y la salvación de las almas (decreto *De reformatione* del Concilio de Trento ix). Esto decía el Concilio de Trento, con mucha razón.

En efecto, en los pastores que Cristo concede a la Iglesia, Él mismo ama a su Esposa y da su vida por ella (cf. *Ef* 5, 25-27). El amor hace semejantes a quienes lo comparten, por ello todo lo que es bello en la Iglesia viene de Cristo, pero también es verdad que la humanidad glorificada del Esposo no ha despreciado nuestros rasgos. Dicen que después de años de intensa comunión de vida y fidelidad, también en las parejas humanas las huellas de la fisonomía de los esposos gradualmente se comunican mutuamente y ambos terminan por parecerse.

Vosotros estáis unidos por un anillo de fidelidad a la Iglesia que se os ha encomendado o que estáis llamados a servir. El amor por la Esposa de Cristo gradualmente os permite imprimir vuestra huella en su rostro y al mismo tiempo llevar en vosotros los rasgos de su fisonomía. Por ello es necesaria la intimidad, la asiduidad, la constancia, la paciencia.

No se necesitan obispos felices superficialmente; hay que excavar en profundidad para encontrar lo que el Espíritu continúa inspirando a vuestra Esposa. Por favor, no seáis obispos con fecha de caducidad, que necesitan cambiar siempre de dirección, como medicinas que pierden la capacidad de curar, o como los alimentos insípidos que hay que tirar porque han perdido ya su utilidad (cf. *Mt* 5, 13). Es importante no detener la fuerza sanadora que surge de lo íntimo del don que habéis recibido, y esto os defiende de la tentación de ir y venir sin meta, porque «*no hay viento favorable para quien no sabe adónde va*». Y nosotros hemos aprendido adónde vamos: vamos siempre a Jesús. Estamos en búsqueda de saber «*dónde vi-*

ve», porque jamás se agota su respuesta que dio a los primeros: «*Venid y veréis*» (*Jn* 1, 38-39).

Para vivir en plenitud en vuestras Iglesias es necesario vivir siempre en Él y no escapar de Él: vivir en su Palabra, en su Eucaristía, en las «*cosas de su Padre*» (cf. *Lc* 2, 49), y sobre todo en su cruz. No detenerse de pasada, sino quedarse largamente, como permanece inextinguible la lámpara encendida del Tabernáculo de vuestras majestuosas catedrales o humildes capillas, para que así en vuestra mirada el rebaño no deje de encontrar la llama del Resucitado. Por lo tanto, no obispos apagados o pesimistas, que, apoyados sólo en sí mismos y por lo tanto, rendidos ante la oscuridad del mundo o resignados a la aparente derrota del bien, ya en vano gritan que el fortín es asaltado. Vuestra vocación no es la de ser guardianes de un montón de derrotados, sino custodios del *Evangelii gaudium*, y por lo tanto, no podéis privaros de la única riqueza que verdaderamente tenemos para dar y que el mundo no puede darse a sí mismo: la alegría del amor de Dios.

Os pido además, que no os dejéis engañar por la tentación de cambiar de pueblo. Amad al pueblo que Dios os ha dado, incluso cuando hayan «*cometido pecados grandes*», sin cansaros de «*acudir al Señor*» para obtener el perdón y un nuevo inicio, aun a costa de ver eliminadas tantas falsas imágenes vuestras sobre el rostro divino o las fantasías que habéis alimentado sobre el modo de suscitar su comunión con Dios (cf. *Ex* 32, 30-31). Aprended el poder humilde pero irresistible de la sustitución vicaria, que es la única raíz de la redención.

También la misión, que ha llegado a ser tan urgente, nace de ese «*ver dónde vive el Señor y permanecer con Él*» (cf. *Jn* 1, 39). Sólo quien encuentra, permanece y vive, adquiere el atractivo y la autoridad para conducir el mundo a Cristo (cf. *Jn* 1, 40-42). Pienso en muchas personas que hay que llevar a Él. A vuestros sacerdotes, *in primis*. Hay muchos que ya no buscan dónde vive, o que viven en otras latitudes existenciales, algunos en los bajos fondos. Otros, olvidados de la paternidad episcopal o quizá cansados de buscarla en vano, ahora viven como si ya no existieran padres o se engañan de que no tienen necesidad de padres. Os exhorto a cultivar en vosotros, padres y pastores, un tiempo interior en el que se pueda encontrar espacio para vuestros sacerdotes: recibirles, acogerles, escucharles, guiarles. Os quisiera obispos fáciles de encontrar no por la cantidad de los medios de comunicación de los que disponéis, sino por el espacio interior que ofrecéis para acoger a las personas y sus necesidades concretas, dándoles la totalidad y la amplitud de la enseñanza de la Iglesia, y no un catálogo de añoranzas. Y que la acogida sea para todos sin discriminación, ofreciendo la firmeza de la autoridad que hace crecer, y la dulzura de la paternidad

que engendra. Y, por favor, no caigáis en la tentación de sacrificar vuestra libertad rodeándoos de séquitos y cortes o coros de aprobación, puesto que en los labios del obispo la Iglesia y el mundo tienen el derecho de encontrar siempre el Evangelio que hace libres.

Luego está el Pueblo de Dios encomendado a vosotros. Cuando, en el momento de vuestra consagración, el nombre de vuestra Iglesia fue proclamado, se reflejaba el rostro de los que Dios os estaba dando. Este pueblo tiene necesidad de vuestra paciencia para curarlo, para hacerlo crecer. Sé bien lo desierto que se ha hecho nuestro tiempo. Se necesita, luego, imitar la paciencia de Moisés para guiar a vuestra gente, sin miedo a morir como exiliados, pero gastando hasta vuestra última energía no por vosotros sino para hacer que Dios entre en los que guiais. Nada es más importante que introducir a las personas en Dios. Os confío, sobre todo a los jóvenes y a los ancianos. Los primeros porque son nuestras alas, y los segundos porque son nuestras raíces. Alas y raíces sin las cuales no sabemos quiénes somos y ni siquiera adónde tenemos que ir.

Al final de nuestro encuentro permitid al sucesor de Pedro que os mire profundamente desde lo alto del misterio que nos une de modo irrevocable. Hoy viendoos en vuestras diversas fisonomías, que reflejan la inagotable riqueza de la Iglesia extendida en toda la tierra, el obispo de Roma abraza la católica. No es necesario recordar las singulares y dramáticas situaciones de nuestros días. Cuánto quisiera que resonara, por medio de vosotros, en cada Iglesia un mensaje de aliento. Al regresar a vuestras casas, donde estas se encuentren, llevad por favor el saludo de afecto del Papa y asegúrad a la gente que está siempre en su corazón.

Veo en vosotros centinelas, capaces de despertar vuestras Iglesias, levantándoos antes del alba o en medio de la noche para avivar la fe, la esperanza, la caridad; sin dejaros adormecer o conformar con el lamento nostálgico de un pasado fecundo pero ahora declinado. Excavad todavía en vuestras fuentes, con la valentía de remover las incrustaciones que han cubierto la belleza y el vigor de vuestros antepasados peregrinos y misioneros que han erigido Iglesias y creado civilizaciones.

Veo en vosotros a hombres capaces de cultivar y de hacer madurar los campos de Dios, en los que los nuevos sembradíos esperan manos dispuestas a irrigar cotidianamente esperando cosechas generosas.

Veo finalmente en vosotros pastores capaces de reconstruir la unidad, tejer redes, remendar, vencer la fragmentación. Dialogad con respeto con las grandes tradiciones en las que estáis inmersos, sin miedo de perderos y sin necesidad de defender vuestras fronteras, porque la identidad de la Iglesia está definida por el amor de Cristo que no conoce frontera. Incluso

custodiando la pasión por la verdad, no gastéis energías para contraponerse o enfrentarse sino para construir y amar.

Así, centinelas, hombres capaces de cuidar los campos de Dios, pastores que caminan delante, en medio y detrás del rebaño, os despido, os abrazo, deseando fecundidad, paciencia, humildad y mucha oración. Gracias.



IV

DISCURSO A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA GENERAL DEL MOVIMIENTO DE LOS FOCOLARES

(Sala Clementina, 26-9-2014)

Os saludo a todos vosotros, que formáis la asamblea general de la Obra de María y queréis vivirla plenamente integrados en el «hoy» de la Iglesia. De modo especial, saludo a Maria Voce, que ha sido confirmada presidenta por otro sexenio. Al agradecerle las palabras que me ha dirigido también en vuestro nombre, le expreso a ella y a sus más estrechos colaboradores mi deseo cordial de un trabajo proficuo al servicio del Movimiento, que durante estos años ha ido creciendo y se ha enriquecido con nuevas obras y actividades, incluso en la Curia romana.

A cincuenta años del concilio Vaticano II, la Iglesia está llamada a recorrer una nueva etapa de la evangelización, testimoniando el amor de Dios por cada persona humana, comenzando por los más pobres y excluidos, y a hacer crecer con la esperanza, la fraternidad y la alegría el camino de la humanidad hacia la unidad. La Obra de María –conocida por todos con el nombre de Movimiento de los Focolares– nació en el seno de la Iglesia católica de una semillita que a lo largo de los años ha dado vida a un árbol, que ahora extiende sus ramas en todas las expresiones de la familia cristiana y también entre los miembros de diversas religiones y entre muchos que cultivan la justicia y la solidaridad juntamente con la búsqueda de la verdad. Esta Obra brotó de un don del Espíritu Santo –no cabe duda–, el carisma de unidad que el Padre quiere dar a la Iglesia y al mundo para contribuir a realizar con fuerza y profecía la oración de Jesús: «Para que todos sean uno» (*Jn* 17, 21).

Nuestro pensamiento se dirige con gran afecto y gratitud a Clara Lubich, extraordinaria testigo de este don, que en su fecunda existencia llevó el perfume de Jesús a tantas realidades humanas y a tantas partes del mundo. Fiel al carisma del que nació y se alimenta, el Movimiento de los Focolares se encuentra hoy ante la misma tarea que le espera a toda la Iglesia: ofrecer con responsabilidad y creatividad su contribución peculiar a esta nueva etapa de la evangelización. La creatividad es importante, no se puede ir adelante sin ella. Es importante. Y en este contexto, quiero decir tres palabras a vosotros que pertenecéis al Movimiento de los Focolares y a quienes, de diferentes modos, comparten su espíritu y sus ideales: contemplar, salir, hacer escuela.

Ante todo, contemplar. Hoy, más que nunca, tenemos necesidad de contemplar a Dios y las maravillas de su amor, de vivir en Él, que en Jesús vino a poner su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1, 14). Contemplar significa, además, vivir en compañía de los hermanos y las hermanas, partir con ellos el Pan de la comunión y de la fraternidad, entrar juntos por la misma puerta (cf. *Jn* 10, 9) que nos introduce en el seno del Padre (cf. *Jn* 1, 18), porque «la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño» (Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 281). Es narcisismo.

Inspirada por Dios, en respuesta a los signos de los tiempos, Clara Lubich escribió: «He aquí el gran atractivo del tiempo moderno: sumirse en la más alta contemplación y permanecer mezclado con todos, hombre entre hombre» (*Escritos espirituales* 1, 27). Para realizar esto, es necesario ampliar la propia interioridad a la medida de Jesús y del don de su Espíritu, hacer de la contemplación la condición indispensable de una presencia solidaria y de una acción eficaz, verdaderamente libre y pura. Os animo a permanecer fieles a este ideal de contemplación, a perseverar en la búsqueda de la unión con Dios y en el amor recíproco con los hermanos y las hermanas, recurriendo a la riqueza de la Palabra de Dios y de la Tradición de la Iglesia, a este anhelo de comunión y de unidad que el Espíritu Santo ha suscitado en nuestro tiempo. Y ofreced a todos este tesoro.

La segunda palabra, muy importante porque expresa el movimiento de evangelización, es salir. Salir como Jesús salió del seno del Padre para anunciar la palabra del amor a todos, hasta entregarse totalmente a sí mismo en el madero de la cruz. Debemos aprender de Él, de Jesús, esta «dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá» (*Evangelii gaudium*, 21), para comunicar generosamente a todos el amor de Dios con respeto, y como nos enseña el Evangelio: «Gratis lo recibisteis; dadlo gratis» (*Mt* 10, 8). Este es el sentido de la gratuidad: porque la Redención se realizó gratuitamente. El perdón de los pecados no se puede «pagar». Lo «pagó» Cristo una vez, por todos.

Debemos actuar la gratuidad de la Redención con los hermanos y las hermanas. Dar con gratuidad, gratuitamente, lo que hemos recibido. Y la gratuidad va de la mano de la creatividad: las dos van juntas.

Para hacer esto, es preciso convertirse en expertos en ese arte que se llama «diálogo» y que no se aprende fácilmente. No podemos contentarnos con medidas incompletas, no podemos diferir, sino más bien, con la ayuda de Dios, tender hacia lo alto y ensanchar la mirada. Y para hacerlo, debemos salir con valentía «hacia él, fuera del campamento, cargados con su oprobio» (*Hb 13, 13*). Él nos espera en las pruebas y en los gemidos de nuestros hermanos, en las plagas de la sociedad y en los interrogantes de la cultura de nuestro tiempo. Se nos parte el corazón al ver delante de una iglesia a una humanidad con tantas heridas, heridas morales, heridas existenciales, heridas de guerra, que sentimos todos los días, ver cómo los cristianos comienzan a perderse en «bizantinismos» filosóficos, teológicos, espirituales, pero en cambio sirve una espiritualidad del salir. Salir con esta espiritualidad: no quedarse dentro, cerrado con cuatro vueltas de llave. Esto no está bien. Esto es «bizantinismo». Hoy no tenemos derecho a la reflexión bizantina. Debemos salir. Porque –lo dije muchas veces– la Iglesia parece un hospital de campaña. Y cuando se va a un hospital de campaña, el primer trabajo es curar las heridas, no hacer el análisis del colesterol..., esto se hará después... ¿Está claro?

Y, en fin, la tercera palabra: hacer escuela. San Juan Pablo II, en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, invitó a toda la Iglesia a convertirse en «la casa y la escuela de la comunión» (cf. n. 43), y vosotros habéis tomado en serio esta consigna. Es preciso formar, como exige el Evangelio, a hombres y mujeres nuevos, y para ello es necesaria una escuela de humanidad a medida de la humanidad de Jesús. En efecto, Él es el hombre nuevo al que los jóvenes pueden mirar en todos los tiempos, del que pueden enamorarse, cuyo camino pueden seguir para afrontar los desafíos que tenemos delante. Sin un trabajo adecuado de formación de las nuevas generaciones es ilusorio pensar en la realización de un proyecto serio y duradero al servicio de una nueva humanidad.

Clara Lubich había acuñado en su tiempo una expresión que sigue siendo de gran actualidad: hoy –decía– hace falta formar «hombres-mundo», hombres y mujeres con el alma, el corazón y la mente de Jesús, y por eso capaces de reconocer e interpretar las necesidades, las preocupaciones y las esperanzas que anidan en el corazón de cada hombre.

Queridas hermanas y queridos hermanos, os deseo que vuestra asamblea dé abundantes frutos; y os agradezco vuestro compromiso generoso. Que María, nuestra Madre, os ayude a caminar siempre con confianza, con valentía, con perseverancia, con creatividad, gratuitamente y en comunión

con toda la Iglesia por senderos de luz y de vida trazados por el Espíritu Santo. Os bendigo, y por favor, os pido que recéis por mí, porque tengo necesidad. Gracias.



V

**CARTA AL PRELADO DEL OPUS DEI CON MOTIVO
DE LA BEATIFICACIÓN DE ÁLVARO DEL PORTILLO**

(27-9-2014)

La beatificación del siervo de Dios Álvaro del Portillo, colaborador fiel y primer sucesor de san Josemaría Escrivá al frente del Opus Dei, representa un momento de especial alegría para todos los fieles de esa Prelatura, así como también para ti, que durante tanto tiempo fuiste testigo de su amor a Dios y a los demás, de su fidelidad a la Iglesia y a su vocación. También yo deseo unirme a vuestra alegría y dar gracias a Dios que embellece el rostro de la Iglesia con la santidad de sus hijos.

Su beatificación tendrá lugar en Madrid, la ciudad en la que nació y en la que transcurrió su infancia y juventud, con una existencia forjada en la sencillez de la vida familiar, en la amistad y el servicio a los demás, como cuando iba a los barrios para ayudar en la formación humana y cristiana de tantas personas necesitadas. Y allí tuvo lugar sobre todo el acontecimiento que selló definitivamente el rumbo de su vida: el encuentro con san Josemaría Escrivá, de quien aprendió a enamorarse cada día más de Cristo. Sí, enamorarse de Cristo. Éste es el camino de santidad que ha de recorrer todo cristiano: dejarse amar por el Señor, abrir el corazón a su amor y permitir que sea él el que guíe nuestra vida.

Me gusta recordar la jaculatoria que el siervo de Dios solía repetir con frecuencia, especialmente en las celebraciones y aniversarios personales: «¡gracias, perdón, ayúdame más!». Son palabras que nos acercan a la realidad de su vida interior y su trato con el Señor, y que pueden ayudarnos también a nosotros a dar un nuevo impulso a nuestra propia vida cristiana.

En primer lugar, *gracias*. Es la reacción inmediata y espontánea que siente el alma frente a la bondad de Dios. No puede ser de otra manera.

Él siempre nos precede. Por mucho que nos esforcemos, su amor siempre llega antes, nos toca y acaricia primero, nos primerea. Álvaro del Portillo era consciente de los muchos dones que Dios le había concedido, y daba gracias a Dios por esa manifestación de amor paterno. Pero no se quedó ahí; el reconocimiento del amor del Señor despertó en su corazón deseos de seguirlo con mayor entrega y generosidad, y a vivir una vida de humilde servicio a los demás. Especialmente destacado era su amor a la Iglesia, esposa de Cristo, a la que sirvió con un corazón despojado de interés mundano, lejos de la discordia, acogedor con todos y buscando siempre lo positivo en los demás, lo que une, lo que construye. Nunca una queja o crítica, ni siquiera en momentos especialmente difíciles, sino que, como había aprendido de san Josemaría, respondía siempre con la oración, el perdón, la comprensión, la caridad sincera.

Perdón. A menudo confesaba que se veía delante de Dios con las manos vacías, incapaz de responder a tanta generosidad. Pero la confesión de la pobreza humana no es fruto de la desesperanza, sino de un confiado abandono en Dios que es Padre. Es abrirse a su misericordia, a su amor capaz de regenerar nuestra vida. Un amor que no humilla, ni hunde en el abismo de la culpa, sino que nos abraza, nos levanta de nuestra postración y nos hace caminar con más determinación y alegría. El siervo de Dios Álvaro sabía de la necesidad que tenemos de la misericordia divina y dedicó muchas energías personales para animar a las personas que trataba a acercarse al sacramento de la confesión, sacramento de la alegría. Qué importante es sentir la ternura del amor de Dios y descubrir que aún hay tiempo para amar.

Ayúdame más. Sí, el Señor no nos abandona nunca, siempre está a nuestro lado, camina con nosotros y cada día espera de nosotros un nuevo amor. Su gracia no nos faltará, y con su ayuda podemos llevar su nombre a todo el mundo. En el corazón del nuevo beato latía el afán de llevar la Buena Nueva a todos los corazones. Así recorrió muchos países fomentando proyectos de evangelización, sin reparar en dificultades, movido por su amor a Dios y a los hermanos. Quien está muy metido en Dios sabe estar muy cerca de los hombres. La primera condición para anunciarles a Cristo es amarlos, porque Cristo ya los ama antes. Hay que salir de nuestros egoísmos y comodidades e ir al encuentro de nuestros hermanos. Allí nos espera el Señor. No podemos quedarnos con la fe para nosotros mismos, es un don que hemos recibido para donarlo y compartirlo con los demás.

¡Gracias, perdón, ayúdame! En estas palabras se expresa la tensión de una existencia centrada en Dios. De alguien que ha sido tocado por el Amor más grande y vive totalmente de ese amor. De alguien que, aun experimentando sus flaquezas y límites humanos, confía en la misericordia

del Señor y quiere que todos los hombres, sus hermanos, la experimenten también.

Querido hermano, el beato Álvaro del Portillo nos envía un mensaje muy claro, nos dice que nos fiemos del Señor, que él es nuestro hermano, nuestro amigo que nunca nos defrauda y que siempre está a nuestro lado. Nos anima a no tener miedo de ir a contracorriente y de sufrir por anunciar el Evangelio. Nos enseña además que en la sencillez y cotidianidad de nuestra vida podemos encontrar un camino seguro de santidad.

Pido, por favor, a todos los fieles de la Prelatura, sacerdotes y laicos, así como a todos los que participan en sus actividades, que recen por mí, a la vez que les imparto la Bendición Apostólica.

Que Jesús los bendiga y que la Virgen Santa los cuide.



VI

DISCURSO EN LA CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS Y TE DEUM EN EL BICENTENARIO DE LA RESTAURACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Iglesia del "Gesù", Roma, 27-9-2014)

La Compañía distinguida con el nombre de Jesús vivió tiempos difíciles, de persecución. Durante el generalato del padre Lorenzo Ricci «los enemigos de la Iglesia lograron obtener la supresión de la Compañía» (Juan Pablo II, *Mensaje al padre Kolvenbach*, 31 de julio de 1990) por parte de mi predecesor Clemente XIV. Hoy, recordando su reconstitución, estamos llamados a recuperar nuestra memoria, a hacer memoria, teniendo presentes los beneficios recibidos y los dones particulares (cf. *Ejercicios Espirituales*, 234). Y hoy quiero hacerlo con vosotros aquí.

En tiempos de tribulación y desconcierto se levanta siempre una polvareda de dudas y sufrimientos, y no es fácil ir adelante, proseguir el camino. Sobre todo en los tiempos difíciles y de crisis se dan tantas tentaciones: detenerse para discutir sobre ideas, dejarse llevar por la desolación, concentrarse en el hecho de ser perseguidos, y no ver otra cosa. Leyendo las

cartas del padre Ricci, me ha impresionado mucho un aspecto: su capacidad de no caer en la trampa de estas tentaciones y proponer a los jesuitas, en tiempo de tribulación, una visión de las cosas que los arraigaba aún más en la espiritualidad de la Compañía.

El padre general Ricci, que escribía a los jesuitas de entonces viendo las nubes que ensombrecían el horizonte, fortalecía su pertenencia al cuerpo de la Compañía y su misión. Por tanto, hizo discernimiento en un tiempo de confusión y desconcierto. No perdió tiempo en discutir sobre ideas y en quejarse, sino que se hizo cargo de la vocación de la Compañía. Debía protegerla, y se hizo cargo de ella.

Y esta actitud llevó a los jesuitas a experimentar la muerte y la resurrección del Señor. Ante la pérdida de todo, incluso de su identidad pública, no se resistieron a la voluntad de Dios, no se resistieron al conflicto, tratando de salvarse a sí mismos. La Compañía –y esto es hermoso– vivió el conflicto hasta sus últimas consecuencias, sin reducirlo: vivió la humillación con Cristo humillado, obedeció. Jamás uno se salva del conflicto con la astucia y las estratagemas para resistir. En la confusión y ante la humillación, la Compañía prefirió vivir el discernimiento de la voluntad de Dios, sin buscar un modo de salir del conflicto en una condición aparentemente tranquila. O, al menos, elegante: no lo hizo.

Jamás la aparente tranquilidad colma nuestro corazón, sino la verdadera paz que es don de Dios. No se debe buscar nunca la «componenda» fácil ni poner en práctica fáciles «irenismos». Solo el discernimiento nos salva del verdadero desarraigo, de la verdadera «supresión» del corazón, que es el egoísmo, la mundanidad, la pérdida de nuestro horizonte, de nuestra esperanza, que es Jesús, que es solo Jesús. Y así el padre Ricci y la Compañía, en fase de supresión, prefirieron la historia a una posible «historieta» gris, sabiendo que el amor juzga a la historia, y que la esperanza –incluso en la oscuridad– es más grande que nuestras expectativas.

El discernimiento debe hacerse con recta intención, con mirada sencilla. Por eso el padre Ricci, precisamente en aquella ocasión de confusión y extravío, habla de los pecados de los jesuitas. Parece hacer publicidad en contra. No se defiende sintiéndose víctima de la historia, sino que se reconoce pecador. Mirarse a sí mismo, reconociéndose pecador, evita la actitud de considerarse víctima ante un verdugo. Reconocerse pecador, reconocerse verdaderamente pecador, significa asumir la actitud justa para recibir el consuelo.

Podemos repasar brevemente este camino de discernimiento y de servicio que el padre general indicó a la Compañía. Cuando en 1759 los decretos de Pombal destruyeron las provincias portuguesas de la Compañía, el pa-

dre Ricci vivió el conflicto sin quejarse y sin abandonarse a la desolación; al contrario, invitó a rezar para pedir el espíritu bueno, el verdadero espíritu sobrenatural de la vocación, la docilidad perfecta a la gracia de Dios. Cuando en 1761 la tormenta avanzaba en Francia, el padre general pidió poner toda la confianza en Dios. Quería que se aprovecharan las pruebas soportadas para una mayor purificación interior: ellas nos conducen a Dios y pueden servir para su mayor gloria; además, recomienda la oración, la santidad de la vida, la humildad y el espíritu de obediencia. En 1767, después de la expulsión de los jesuitas españoles, sigue invitando a rezar. Y en fin, el 21 de febrero de 1773, apenas seis meses antes de la firma del Breve *Dominus ac Redemptor*, ante la falta total de ayuda humana, ve la mano de la misericordia de Dios que, a quienes pone a prueba, invita a no confiar en otros sino sólo en Él. La confianza debe aumentar precisamente cuando las circunstancias nos tiran por el suelo. Lo importante para el padre Ricci es que la Compañía sea fiel hasta las últimas consecuencias al espíritu de su vocación, que es la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

La Compañía, incluso ante su mismo fin, permaneció fiel al fin por el cual había sido fundada. Por eso Ricci concluye con una exhortación a mantener vivo el espíritu de caridad, de unión, de obediencia, de paciencia, de sencillez evangélica, de verdadera amistad con Dios. Todo lo demás es mundanidad. Que el fuego de la mayor gloria de Dios nos atraviese también hoy, quemando toda complacencia y envolviéndonos en una llama que tenemos dentro, que nos concentra y nos expande, nos engrandece y nos empequeñece.

Así, la Compañía vivió la prueba suprema del sacrificio que injustamente se le pedía haciendo suya la oración de Tobit, quien abatido por el dolor suspira, llora e implora: «Eres justo, Señor, y justas son tus obras; siempre actúas con misericordia y fidelidad, tú eres juez del universo. Acuérdate, Señor, de mí y mírame; no me castigues por los pecados y errores que yo y mis padres hemos cometido. Hemos pecado en tu presencia, hemos transgredido tus mandatos y tú nos has entregado al saqueo, al cautiverio y a la muerte, hasta convertirnos en burla y chismorreos, en irrisión para todas las naciones entre las que nos has dispersado». Y concluye con la petición más importante: «Señor, no me retires tu rostro» (*Tb* 3, 1-4.6d).

Y el Señor respondió mandando a Rafael a quitar las manchas blancas de los ojos de Tobit, para que volviera a ver la luz de Dios. Dios es misericordioso, Dios corona de misericordia. Dios nos quiere y nos salva. A veces el camino que conduce a la vida es estrecho, pero la tribulación, si la vivimos a la luz de la misericordia, nos purifica como el fuego, nos da tanto consuelo e inflama nuestro corazón, aficionándolo a la oración. Durante la supresión, nuestros hermanos jesuitas fueron fervorosos en el espíritu y en

el servicio al Señor, gozosos en la esperanza, constantes en la tribulación, perseverantes en la oración (cf. *Rm* 12, 12). Y esto honró a la Compañía, no ciertamente el encomio de sus méritos. Así será siempre.

Recordemos nuestra historia: a la Compañía se le ha concedido, «gracias a Cristo, no sólo el don de creer en Él, sino también el de sufrir por Él» (*Flp* 1, 29). Nos hace bien recordar esto.

La nave de la Compañía fue sacudida por las olas, y esto no debe maravillarnos. También la barca de Pedro puede ser sacudida hoy. La noche y el poder de las tinieblas están siempre cerca. Es fatigoso remar. Los jesuitas deben ser «remeros expertos y valerosos» (Pío VII, *Sollicitudo omnium ecclesiarum*): ¡remad, pues! Remad, sed fuertes, incluso con el viento en contra. Rememos al servicio de la Iglesia. Rememos juntos. Pero, mientras remamos –todos remamos, también el Papa rema en la barca de Pedro–, debemos rezar mucho: «Señor, ¡sálvanos!», «Señor, ¡salva a tu pueblo!». El Señor, aunque somos hombres de poca fe y pecadores, nos salvará. Esperemos en el Señor. Esperemos siempre en el Señor.

La Compañía reconstituida por mi predecesor Pío VII estaba formada por hombres valientes y humildes en su testimonio de esperanza, de amor y de creatividad apostólica, la del Espíritu. Pío VII escribió que quería reconstituir la Compañía para «proveer de manera adecuada a las necesidades espirituales del mundo cristiano sin diferencia de pueblos ni de naciones» (*ibid.*). Por eso dio la autorización a los jesuitas que aun existían, acá y allá, gracias a un soberano luterano y a una soberana ortodoxa, «para que permanecieran unidos en un solo cuerpo». Que la Compañía permanezca unida en un solo cuerpo.

Y la Compañía fue inmediatamente misionera y se puso a disposición de la Sede apostólica, comprometiéndose generosamente «bajo el estandarte de la cruz por el Señor y su Vicario en la tierra» (*Formula Instituti*, 1). La Compañía retomó su actividad apostólica con la predicación y la enseñanza, los ministerios espirituales, la investigación científica y la acción social, las misiones y el cuidado de los pobres, de los que sufren y de los marginados.

Hoy la Compañía afronta con inteligencia y laboriosidad también el trágico problema de los refugiados y los prófugos; y se esfuerza con discernimiento por integrar el servicio de la fe y la promoción de la justicia, en conformidad con el Evangelio. Confirmando hoy lo que nos dijo Pablo VI en nuestra trigésima segunda congregación general y que yo mismo escuché con mis oídos: «Dondequiera en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y en vanguardia, en las encrucijadas de las ideologías, en las trincheras sociales, donde ha habido y hay enfrentamiento entre las exi-

gencias estimulantes del hombre y el mensaje perenne del Evangelio, allí han estado y están los jesuitas» (*Enseñanzas al Pueblo de Dios* XII [1974], 1881). Son palabras proféticas del futuro beato Pablo VI.

En 1814, en el momento de la reconstitución, los jesuitas eran una pequeña grey, una «Compañía mínima» que, sin embargo, después de la prueba de la cruz, sabía que tenía la gran misión de llevar la luz del Evangelio hasta los confines de la tierra. Por tanto, hoy debemos sentirnos así: en salida, en misión. La identidad del jesuita es la de un hombre que adora a Dios sólo y ama y sirve a sus hermanos, mostrando con el ejemplo no sólo en qué cree, sino también en qué espera y quién es Aquel en el que ha puesto su confianza (cf. 2 *Tm* 1, 12). El jesuita quiere ser un compañero de Jesús, uno que tiene los mismos sentimientos de Jesús.

La bula de Pío VII que reconstituía la Compañía fue firmada el 7 de agosto de 1814 en la basílica de Santa María la Mayor, donde nuestro santo padre Ignacio celebró su primera Eucaristía la noche de Navidad de 1538. María, nuestra Señora, Madre de la Compañía, se sentirá conmovida por nuestros esfuerzos por estar al servicio de su Hijo. Que ella nos guarde y nos proteja siempre.



VII

ENCUENTRO DEL PAPA CON LOS ANCIANOS

(Plaza de San Pedro, 28-9-2014)

¡Os agradezco haber venido en tan grande número! Y gracias por vuestra acogida festiva: hoy es vuestra fiesta, ¡nuestra fiesta! Doy las gracias a monseñor Paglia y a todos los que la prepararon. Agradezco especialmente al Papa emérito Benedicto XVI por su presencia. Tantas veces he dicho que me gusta tanto que viva aquí en el Vaticano, porque es como tener al abuelo sabio en casa. ¡Gracias!

He escuchado los testimonios de algunos de vosotros, que presentan experiencias comunes a muchos ancianos y abuelos. Pero uno era diferente: el de los hermanos que vinieron de Kara Qosh, escapando de una violenta persecución. ¡A ellos todos juntos demos un «gracias» especial! Es muy

hermoso que habéis venido hoy aquí: es un don para la Iglesia. Y nosotros os ofrecemos nuestra cercanía, nuestra oración y la ayuda concreta. La violencia contra los ancianos es inhumana, como la realizada en los niños. Pero Dios no os abandona, ¡está con vosotros! Con su ayuda vosotros sois y seguiréis siendo memoria para vuestro pueblo; y también para nosotros, para la gran familia de la Iglesia. ¡Gracias!

Estos hermanos nos dan testimonio de que aun en las pruebas más difíciles, los ancianos, que tienen fe son como árboles que siguen dando fruto. Y esto vale también en las situaciones más ordinarias, donde, sin embargo, puede haber otras tentaciones, y otras formas de discriminación. Hemos escuchado algunas en los demás testimonios.

La vejez, de modo particular, es un tiempo de gracia, en el que el Señor nos renueva su llamado: nos llama a custodiar y transmitir la fe, nos llama a orar, especialmente a interceder; nos llama a estar cerca de quien tiene necesidad... Los ancianos, los abuelos tienen una capacidad para comprender las situaciones más difíciles: ¡una gran capacidad! Y cuando rezan por estas situaciones, su oración es fuerte, es poderosa.

A los abuelos, que han recibido la bendición de ver a los hijos de sus hijos (cf. *Sal* 128, 6), se les ha confiado una gran tarea: transmitir la experiencia de la vida, la historia de una familia, de una comunidad, de un pueblo; compartir con sencillez una sabiduría, y la misma fe: ¡el legado más precioso! Dichosas esas familias que tienen a los abuelos cerca. El abuelo es padre dos veces y la abuela es madre dos veces en esos países donde la persecución religiosa ha sido cruel, pienso por ejemplo en Albania, donde estuve el domingo pasado; en esos países fueron los abuelos quienes llevaban a los niños a bautizarles a escondidas, quienes le dieron la fe. ¡Bien! ¡Fueron buenos en la persecución y salvaron la fe en esos países!

Pero no siempre el anciano, el abuelo, la abuela, tiene una familia que puede acogerlo. Y entonces bienvenidos los hogares para los ancianos... con tal de que sean verdaderos hogares, y ¡no prisiones! ¡Y que sean para los ancianos, y no para los intereses de otro! No deben de haber institutos donde los ancianos vivan olvidados, como escondidos, descuidados. Me siento cercano a los numerosos ancianos que viven en estos Institutos, y pienso con gratitud en quienes les visitan y se preocupan por ellos. Las casas para ancianos deberían ser los «pulmones» de humanidad en un país, en un barrio, en una parroquia; deberían ser los «santuarios» de humanidad donde el viejo y el débil es cuidado y protegido como un hermano o hermana mayor. ¡Hace tanto bien ir a visitar a un anciano! Mirad a nuestros chicos: a veces les vemos desganados y tristes; van a visitar a un anciano, y ¡se vuelven alegres!

Pero existe también la realidad del abandono de los ancianos: ¡cuántas veces se descartan a los ancianos con actitudes de abandono que son una auténtica eutanasia a escondidas! Es el efecto de esa cultura del descarte que hace mucho mal a nuestro mundo. Se descartan a los niños, se descartan a los jóvenes, porque no tienen trabajo, y se descartan a los ancianos con el pretexto de mantener un sistema económico «equilibrado», en cuyo centro no está la persona humana, sino el dinero. ¡Todos estamos llamados a contrarrestar esta venenosa cultura del descarte!

Nosotros los cristianos, junto con todos los hombres de buena voluntad, estamos llamados a construir con paciencia una sociedad diversa, más acogedora, más humana, más inclusiva, que no tiene necesidad de descartar al débil de cuerpo y de mente, es más, una sociedad que mide su «paso» precisamente en estas personas.

Como cristianos y como ciudadanos, estamos llamados a imaginar, con fantasía y sabiduría, los caminos para afrontar este desafío. Un pueblo que no custodia a los abuelos y no los trata bien es un pueblo que ¡no tiene futuro! ¿Por qué no tiene futuro? Porque pierde la memoria y se arranca de sus propias raíces. Pero cuidado: ¡vosotros tenéis la responsabilidad de tener vivas estas raíces en vosotros mismos! Con la oración, la lectura del Evangelio, las obras de misericordia. Así permanecemos como árboles vivos, que también en la vejez no dejan de dar fruto. Una de las cosas más bellas de la vida de familia, de nuestra vida humana de familia, es acariciar a un niño y dejarse acariciar por un abuelo y una abuela. ¡Gracias!



VIII

HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON LOS ANCIANOS

(Plaza de San Pedro, 28-9-2014)

El Evangelio que hemos escuchado hoy, lo acogemos como el Evangelio del encuentro entre los jóvenes y los ancianos: un encuentro lleno de gozo, lleno de fe y lleno de esperanza.

María es joven, muy joven. Isabel es anciana, pero en ella se ha manifestado la misericordia de Dios y desde hace seis meses, con su marido Zacarías, está en espera de un hijo.

María, también en esta circunstancia, nos muestra el camino: ir al encuentro de su pariente anciana, estar con ella, ciertamente para ayudarla, pero también y, sobre todo, para aprender de ella, que es anciana, una sabiduría de vida.

La primera Lectura, con diversas expresiones, evoca el cuarto mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días en la tierra, que el Señor, tu Dios, te va a dar» (*Ex* 20, 12). No hay futuro para el pueblo sin este encuentro entre las generaciones, sin que los hijos reciban con reconocimiento el testigo de la vida de las manos de sus padres. Y dentro de este reconocimiento de quien te ha transmitido la vida, existe también el reconocimiento por el Padre que está en los cielos.

Existen a veces generaciones de jóvenes que, por complejas razones históricas y culturales, viven de modo más fuerte la necesidad de independizarse de sus padres, casi de «liberarse» del legado de la generación precedente. Es como un momento de adolescencia rebelde. Pero, si luego no se recupera el encuentro, si no se encuentra un equilibrio nuevo, fecundo entre las generaciones, lo que deriva de ello es un grave empobrecimiento por el pueblo, y la libertad que predomina en la sociedad es una libertad falsa, que casi siempre se transforma en autoritarismo.

El mismo mensaje nos llega de la exhortación del apóstol Pablo dirigida a Timoteo y, a través de él, a la comunidad cristiana. Jesús no abolió la ley de la familia y el paso entre generaciones, sino que la llevó a su cumplimiento. El Señor formó una nueva familia, en la que por encima de los vínculos de sangre prevalece la relación con Él y el cumplimiento de la voluntad de Dios Padre. Pero el amor por Jesús y por el Padre lleva a cumplimiento el amor por los padres, por los hermanos, por los abuelos, renueva las relaciones familiares con la savia del Evangelio y del Espíritu Santo. Y así, san Pablo recomienda a Timoteo, que es pastor y por lo tanto, padre de la comunidad, tener respeto por los ancianos y los familiares, y exhorta a hacerlo con actitud filial: el anciano «como si fuera tu padre», «las mujeres ancianas como madres» (cf. *1Tm* 5, 1). El jefe de la comunidad no está exento de esta voluntad de Dios, más bien, la caridad de Cristo lo apremia a hacerlo con un amor más grande. Como la Virgen María, que aun llegando a ser la Madre del Mesías, se siente impulsada por el amor de Dios, que se está encarnando en ella, a ir de prisa con su anciana pariente.

Y volvamos entonces a este «icono» lleno de alegría y esperanza, lleno de fe, lleno de caridad. Podemos pensar que la Virgen María, estando en casa de Isabel, habrá escuchado a ella y al marido Zacarías rezar con las palabras del Salmo responsorial de hoy: «Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud... No me rechaces ahora en la vejez, me van faltando las fuerzas, no me abandones... Ahora en la

vejez y las canas, no me abandones, Dios mío, hasta que describa tu poder, tus hazañas a la nueva generación» (Sal 71, 5.9.18). La joven María escuchaba, y guardaba todo en su corazón. La sabiduría de Isabel y Zacarías enriqueció su ánimo joven; no eran expertos en maternidad y paternidad, porque también para ellos era el primer embarazo, pero eran expertos en la fe, expertos de Dios, expertos de esa esperanza que viene de Él: es de esto lo que el mundo tiene necesidad, en todos los tiempos. María ha sabido escuchar a esos padres ancianos y llenos de estupor, tomó en cuenta su sabiduría, y esta fue preciosa para ella, en su camino de mujer, de esposa, de madre.

Así, la Virgen María nos muestra el camino: el camino del encuentro entre los jóvenes y los ancianos. El futuro de un pueblo supone necesariamente este encuentro: los jóvenes dan la fuerza para hacer caminar al pueblo y los ancianos robustecen esta fuerza con la memoria y la sabiduría popular.



IX

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 1-10-2014)

Desde los inicios el Señor colmó a la Iglesia con los dones de su Espíritu, haciéndola así cada vez más viva y fecunda con los dones del Espíritu Santo. Entre estos dones se destacan algunos que resultan particularmente preciosos para la edificación y el camino de la comunidad cristiana: se trata de los *carismas*. En esta catequesis queremos preguntarnos: ¿qué es exactamente un carisma? ¿Cómo podemos reconocerlo y acogerlo? Y sobre todo: el hecho de que en la Iglesia exista una diversidad y una multiplicidad de carismas, ¿se debe mirar en sentido positivo, como algo hermoso, o bien como un problema?

En el lenguaje común, cuando se habla de «carisma», se piensa a menudo en un talento, una habilidad natural. Se dice: «Esta persona tiene un carisma especial para enseñar. Es un talento que tiene». Así, ante una persona particularmente brillante y atrayente, se acostumbra decir: «Es una persona carismática». «¿Qué significa?». «No lo sé, pero es carismáti-

ca». Y decimos así. No sabemos lo que decimos, pero lo decimos: «Es carismática». En la perspectiva cristiana, sin embargo, el carisma es mucho más que una cualidad personal, que una predisposición de la cual se puede estar dotados: el carisma *es una gracia, un don concedido por Dios Padre, a través de la acción del Espíritu Santo*. Y es un don que se da a alguien no porque sea mejor que los demás o porque se lo haya merecido: es un regalo que Dios le hace para que con la misma gratuidad y el mismo amor lo ponga *al servicio de toda la comunidad*, para el bien de todos. Hablando de modo un poco humano, se dice así: «Dios da esta cualidad, este carisma a esta persona, pero no para sí, sino para que esté al servicio de toda la comunidad». Hoy, antes de llegar a la plaza me encontré con muchos niños discapacitados en el aula Pablo VI. Eran numerosos y estaban con una asociación que se dedica a la atención de estos niños. ¿Qué es? Esta asociación, estas personas, estos hombres y estas mujeres, tienen el carisma de atender a los niños discapacitados. ¡Esto es un carisma!

Una cosa importante que se debe destacar inmediatamente es el hecho de que *uno no puede comprender por sí solo si tiene un carisma, y cuál es*. Muchas veces hemos escuchado a personas que dicen: «Yo tengo esta cualidad, yo sé cantar muy bien». Y nadie tiene el valor de decir: «Es mejor que te calles, porque nos atormentas a todos cuando cantas». Nadie puede decir: «Yo tengo este carisma». Es en el seno de la comunidad donde brotan y florecen los dones con los cuales nos colma el Padre; y es *en el seno de la comunidad* donde se aprende a reconocerlos como un signo de su amor por todos sus hijos. Cada uno de nosotros, entonces, puede preguntarse: «¿Hay algún carisma que el Señor hizo brotar en mí, en la gracia de su Espíritu, y que mis hermanos, en la comunidad cristiana, han reconocido y alentado? ¿Y cómo me comporto respecto a este don: lo vivo con generosidad, poniéndolo al servicio de todos, o lo descuido y termino olvidándome de él? ¿O tal vez se convierte en mí en motivo de orgullo, de modo que siempre me lamento de los demás y pretendo que en la comunidad se hagan las cosas a mi estilo?». Son preguntas que debemos hacernos: si hay un carisma en mí, si este carisma lo reconoce la Iglesia, si estoy contento con este carisma o tengo un poco de celos de los carismas de los demás, si quería o quiero tener ese carisma. El carisma es un don: sólo Dios lo da.

La experiencia más hermosa, sin embargo, es descubrir con *cuántos carismas distintos* y con cuántos dones de su Espíritu el Padre colma a su Iglesia. Esto no se debe mirar como un motivo de confusión, de malestar: son todos regalos que Dios hace a la comunidad cristiana para que pueda crecer armoniosa, en la fe y en su amor, como un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo. El mismo Espíritu que da esta diferencia de carismas, construye la unidad de la Iglesia. Es siempre el mismo Espíritu. Ante esta multiplicidad de carismas, por lo tanto, nuestro corazón debe abrirse a la alegría y

debemos pensar: «¡Qué hermosa realidad! Muchos dones diversos, porque todos somos hijos de Dios y todos somos amados de modo único». Atención, entonces, si estos dones se convierten en motivo de envidia, de división, de celos. Como lo recuerda el apóstol Pablo en su Primera Carta a los Corintios, en el capítulo 12, todos los carismas son importantes ante los ojos de Dios y, al mismo tiempo, ninguno es insustituible. Esto quiere decir que en la comunidad cristiana tenemos necesidad unos de otros, y cada don recibido se realiza plenamente cuando se comparte con los hermanos, para el bien de todos. ¡Esta es la Iglesia! Y cuando la Iglesia, en la variedad de sus carismas, se expresa en la comunión, no puede equivocarse: es la belleza y la fuerza del *sensus fidei*, de ese sentido sobrenatural de la fe, que da el Espíritu Santo a fin de que, juntos, podamos entrar todos en el corazón del Evangelio y aprender a seguir a Jesús en nuestra vida.

Hoy la Iglesia festeja la conmemoración de santa Teresa del Niño Jesús. Esta santa, que murió a los 24 años y amaba mucho a la Iglesia, quería ser misionera, pero quería tener todos los carismas, y decía: «Yo quisiera hacer esto, esto y esto», quería todos los carismas. Y rezando descubrió que su carisma era el amor. Y dijo esta hermosa frase: «En el corazón de la Iglesia yo seré el amor». Y este carisma lo tenemos todos: la capacidad de amar. Pidamos hoy a santa Teresa del Niño Jesús esta capacidad de amar mucho a la Iglesia, de amarla mucho, y aceptar todos los carismas con este amor de hijos de la Iglesia, de nuestra santa madre Iglesia jerárquica.



X

DISCURSO A LA PLENARIA DE LA CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

(Sala Clementina, 3-10-2014)

Dirijo a cada uno un cordial saludo y un sincero agradecimiento por vuestra colaboración en la solicitud de la Santa Sede por los ministros ordenados y su acción pastoral. Agradezco al cardenal Beniamino Stella las palabras con las que introdujo este encuentro. Lo que quisiera deciros hoy gira en torno a tres temas, que corresponden a los fines y a las actividades de este dicasterio: vocación, formación, evangelización.

Retomando la imagen del Evangelio de san Mateo, me agrada comparar la vocación del ministerio ordenado con el «tesoro escondido en un campo» (13, 44). Es verdaderamente un tesoro que Dios pone desde siempre en el corazón de algunos hombres, que Él eligió y llamó a seguirlo en este estado de vida especial. Este tesoro, que pide ser descubierto y llevado a la luz, no está hecho para «enriquecer» sólo a alguno. Quien está llamado al ministerio no es «dueño» de su vocación, sino administrador de un don que Dios le ha confiado para el bien de todo el pueblo, es más, de todos los hombres, incluso los que se han alejado de la práctica religiosa o no profesan la fe en Cristo. Al mismo tiempo, toda la comunidad cristiana es custodio del tesoro de estas vocaciones, destinadas a su servicio, y debe percibir cada vez más la tarea de promoverlas, acogerlas y acompañarlas con afecto.

Dios no cesa de llamar algunos a seguirlo y servirlo en el ministerio ordenado. Pero también nosotros, debemos hacer nuestra parte, mediante la formación, que es la respuesta del hombre, de la Iglesia al don de Dios, ese don que Dios le hace a través de las vocaciones. Se trata de custodiar y cultivar las vocaciones, para que den frutos maduros. Ellas son un «diamante en bruto», que hay que trabajar con cuidado, respeto de las personas y paciencia, para que brillen en medio del pueblo de Dios. La formación, por tanto, no es un acción unilateral, con el que alguien transmite nociones, teológicas o espirituales. Jesús no dijo a quienes llamaba: «ven, te explico», «sígueme, te enseño»: ¡no!; la formación que Cristo ofrece a sus discípulos se realiza, por el contrario, a través de un «ven y sígueme», «haz como yo hago», y este es el método que también hoy la Iglesia quiere adoptar para sus ministros. La formación de la que hablamos es una experiencia discipular, que acerca a Cristo y permite configurarse cada vez más con Él.

Precisamente por eso, ella no puede ser una tarea que se termina, porque los sacerdotes jamás dejan de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. A veces avanzamos rápidamente, otras veces nuestro paso es incierto, nos detenemos y podemos también caer, pero siempre permaneciendo en el camino. Por lo tanto, la formación en cuanto discipulado acompaña toda la vida del ministro ordenado y concierne totalmente a su persona, intelectual, humana y espiritualmente. La formación inicial y la permanente se distinguen porque requieren modalidades y tiempos diversos, pero son las dos mitad de una realidad sola, la vida del discípulo clérigo, enamorado de su Señor y constantemente en su seguimiento.

Un parecido itinerario de descubrimiento y valoración de la vocación tiene un fin preciso: la evangelización. Toda vocación es para la misión y la misión de los ministros ordenados es la evangelización, en todas sus formas. Ella parte en primer lugar del «ser», para luego traducirse en un «hacer». Los sacerdotes están unidos en una fraternidad sacramental, por lo

tanto, la primera forma de evangelización es el testimonio de fraternidad y de comunión entre ellos y con el obispo. De una semejante comunión puede surgir un fuerte impulso misionero, que libra a los ministros ordenados de la cómoda tentación de estar más preocupados del consentimiento del otro y del propio bienestar en lugar de estar animados por la caridad pastoral, por el anuncio del Evangelio, hasta las más remotas periferias.

En esta misión evangelizadora, los presbíteros están llamados a acrecentar la conciencia de ser pastores, enviados para estar en medio de su rebaño, para hacer presente al Señor a través de la Eucaristía y para dispensar su misericordia. Se trata de «ser» sacerdotes, no limitándose a «hacer» los sacerdotes, libres de toda mundanidad espiritual, conscientes de que es su vida la que evangeliza aún antes que sus obras. Qué hermoso es ver sacerdotes alegres con su vocación, con una serenidad de fondo, que los sostiene incluso en los momentos de fatiga y dolor. Y esto no sucede nunca sin la oración, la del corazón, ese diálogo con el Señor... que es el corazón, por decir así, de la vida sacerdotal. Tenemos necesidad de sacerdotes, faltan vocaciones. El Señor llama, pero no es suficiente. Y nosotros obispos tenemos la tentación de escoger sin discernimiento a los jóvenes que se presentan. ¡Esto es un mal para la Iglesia! Por favor, se necesita estudiar bien el itinerario de una vocación. Examinar bien si él es del Señor, si ese hombre está sano, si ese hombre es equilibrado, si ese hombre es capaz de dar vida, de evangelizar, si ese hombre es capaz de formar una familia y renunciar a ello para seguir a Jesús. Hoy hemos tenido muchos problemas, y en muchas diócesis, por este error de algunos obispos de escoger a los que llegan a veces expulsados de los seminarios o de las casas religiosas porque tienen necesidad de sacerdotes. ¡Por favor! tenemos que pensar en el bien del pueblo de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, los temas que estáis tratando en estos días de Asamblea son de gran importancia. Una vocación cuidada mediante una formación permanente, en la comunión, se convierte en un fuerte instrumento de evangelización, al servicio del pueblo de Dios. Que el Señor os ilumine en vuestras reflexiones, os acompañe también mi bendición. Y por favor, os pido que recéis por mí y por mi servicio a la Iglesia. Gracias.



XI

DISCURSO DURANTE LA VIGILIA DEL ENCUENTRO PARA LA FAMILIA

(Plaza de San Pedro, 4-10-2014)

Cae ya la noche en nuestra asamblea. Es la hora en la que se regresa a casa de buen grado para encontrarse en la misma mesa, en el espesor de los afectos, del bien realizado y recibido, de los encuentros que enardecen el corazón y lo hacen crecer, buen vino que anticipa en los días del hombre la fiesta sin ocaso.

Es también la hora más fuerte para quien se encuentra cara a cara con su propia soledad, en el crepúsculo amargo de sueños y proyectos destrozados: cuántas personas arrastran sus días en el callejón ciego de la resignación, del abandono, si no del rencor; en cuántas casas ha faltado el vino de la alegría y, por lo tanto, el sabor –la sabiduría misma– de la vida... De unos y de otros nos hacemos voz esta noche con nuestra oración, una oración para todos.

Es significativo cómo –incluso en la cultura individualista que desnaturaliza y hace efímeros los vínculos– en cada nacido de mujer permanece vivo una necesidad esencial de estabilidad, de una puerta abierta, de alguien con quien entretener y compartir la historia de la vida, una historia a la cual pertenecer. La comunión de vida asumida por los esposos, su apertura al don de la vida, la custodia recíproca, el encuentro y la memoria de las generaciones, el acompañamiento educativo, la transmisión de la fe cristiana a los hijos...: con todo esto la familia continúa siendo escuela inigualable de humanidad, contribución indispensable a una sociedad justa y solidaria (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 66-68). Y mientras más profundas son sus raíces, es más posible salir e ir lejos en la vida, sin extraviarse ni sentirse extranjeros en cualquier territorio. Este horizonte nos ayuda a percibir la importancia de la Asamblea sinodal que se abre mañana.

Ya el *convenire in unum* en torno al obispo de Roma es un acontecimiento de gracia, en el que la colegialidad episcopal se manifiesta en un camino de discernimiento espiritual y pastoral. Para volver a buscar lo que hoy el Señor pide a su Iglesia, debemos escuchar los latidos de este tiempo y percibir el «olor» de los hombres de hoy, hasta quedar impregnados de sus alegrías y esperanzas, de sus tristezas y angustias (cf. *Gaudium et spes*, 1). En ese momento sabremos proponer con credibilidad la buena nueva sobre la familia.

Conocemos, en efecto, cómo en el Evangelio existen una fuerza y una ternura capaces de vencer lo que crea infelicidad y violencia. ¡Sí, en el Evangelio está la salvación que colma las necesidades más profundas del hombre! De esta salvación –obra de la misericordia de Dios y de su gracia– como Iglesia somos signo e instrumento, sacramento vivo y eficaz (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 112). Si no fuera así, nuestro edificio quedaría sólo como un castillo de naipes y los pastores se reducirían a clérigos de estado, en cuyos labios el pueblo buscaría en vano la frescura y el «olor a Evangelio» (*Ibid.*, 39).

Surgen así, en este marco, los contenidos de nuestra oración. Pidamos ante todo al Espíritu Santo, para los padres sinodales, el don de la *escucha*: escucha de Dios, hasta escuchar con Él el clamor del pueblo; escucha del pueblo, hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama. Junto con la escucha, invoquemos la disponibilidad a un *encuentro* sincero, abierto y fraternal, que nos lleve a hacernos cargo con responsabilidad de los interrogantes que trae consigo este cambio de época. Dejemos que se derramen en nuestro corazón, sin perder jamás la paz, sino con la confianza serena de que a su tiempo el Señor conducirá de nuevo a la unidad. La historia de la Iglesia –lo sabemos– ¿no nos relata acaso tantas situaciones análogas, que nuestros padres supieron superar con obstinada paciencia y creatividad?

El secreto está en una *mirada*: y es el tercer don que imploramos con nuestra oración. Porque, si de verdad queremos verificar nuestro paso en el terreno de los desafíos contemporáneos, la condición decisiva es mantener fija la mirada en Jesucristo, detenerse en la contemplación y en la adoración de su rostro. Si asumimos su modo de pensar, de vivir y de relacionarse, no tendremos dificultades en traducir el trabajo sinodal en indicaciones e itinerarios para la pastoral de la persona y de la familia. En efecto, cada vez que volvemos a la fuente de la experiencia cristiana se abren caminos nuevos y posibilidades inesperadas. Es lo que deja intuir la indicación evangélica: «Haced lo que Él os diga» (*Jn* 2, 5). Son palabras que contienen el testamento espiritual de María, «amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 286). ¡Hagámoslas nuestras!

A tal punto las tres cosas: nuestra *escucha* y nuestro *encuentro* sobre la familia, amada con la *mirada* de Cristo, llegarán a ser una ocasión providencial con la cual renovar –con el ejemplo de san Francisco– la Iglesia y la sociedad. Con la alegría del Evangelio volveremos a encontrar el paso de una Iglesia reconciliada y misericordiosa, pobre y amiga de los pobres; una Iglesia capaz de «triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 8).

Que el viento de Pentecostés pueda soplar sobre los trabajos sinodales, sobre la Iglesia, sobre la humanidad entera. Que desate los nudos que impiden a las personas encontrarse, sane las heridas que sangran, mucho, reavive la esperanza; ¡hay mucha gente sin esperanza! Que nos conceda esa caridad creativa que permite amar como Jesús amó. Y nuestro anuncio volverá a encontrar la vitalidad y el dinamismo de los primeros misioneros del Evangelio.



X

HOMILÍA EN LA SANTA MISA DE APERTURA DEL SÍNODO EXTRAORDINARIO SOBRE LA FAMILIA

(Basílica Vaticana, 5-10-2014)

El profeta Isaías y el Evangelio de hoy usan la imagen de la viña del Señor. La viña del Señor es su «sueño», el proyecto que él cultiva con todo su amor, como un campesino cuida su viña. La vid es una planta que requiere muchos cuidados.

El «sueño» de Dios es su pueblo: Él lo ha plantado y lo cultiva con amor paciente y fiel, para que se convierta en un pueblo santo, un pueblo que dé muchos frutos buenos de justicia.

Sin embargo, tanto en la antigua profecía como en la parábola de Jesús, este sueño de Dios queda frustrado. Isaías dice que la viña, tan amada y cuidada, en vez de uva «dio agrazones» (5,2.4); Dios «esperaba derecho, y ahí tenéis: asesinatos; esperaba justicia, y ahí tenéis: lamentos» (v. 7). En el Evangelio, en cambio, son los labradores quienes desbaratan el plan del Señor: no hacen su trabajo, sino que piensan en sus propios intereses.

Con su parábola, Jesús se dirige a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, es decir, a los «sabios», a la clase dirigente. A ellos ha encomendado Dios de manera especial su «sueño», es decir, a su pueblo, para que lo cultiven, se cuiden de él, lo protejan de los animales salvajes. El cometido de los jefes del pueblo es éste: cultivar la viña con libertad, creatividad y laboriosidad.

Pero Jesús dice que aquellos labradores se apoderaron de la viña; por su codicia y soberbia, quieren disponer de ella como quieran, quitando así a Dios la posibilidad de realizar su sueño sobre el pueblo que se ha elegido.

La tentación de la codicia siempre está presente. También la encontramos en la gran profecía de Ezequiel sobre los pastores (cf. cap. 34), comentada por san Agustín en su célebre discurso que acabamos de leer en la Liturgia de las Horas. La codicia del dinero y del poder. Y para satisfacer esta codicia, los malos pastores cargan sobre los hombros de las personas fardos insoportables, que ellos mismos ni siquiera tocan con un dedo (cf. *Mt* 23,4).

También nosotros estamos llamados en el Sínodo de los Obispos a trabajar por la viña del Señor. Las Asambleas sinodales no sirven para discutir ideas brillantes y originales, o para ver quién es más inteligente... Sirven para cultivar y guardar mejor la viña del Señor, para cooperar en su sueño, su proyecto de amor por su pueblo. En este caso, el Señor nos pide que cuidemos de la familia, que desde los orígenes es parte integral de su designio de amor por la humanidad.

Somos todos pecadores y también nosotros podemos tener la tentación de «apoderarnos» de la viña, a causa de la codicia que nunca falta en nosotros, seres humanos. El sueño de Dios siempre se enfrenta con la hipocresía de algunos servidores suyos. Podemos «frustrar» el sueño de Dios si no nos dejamos guiar por el Espíritu Santo. El Espíritu nos da esa sabiduría que va más allá de la ciencia, para trabajar generosamente con verdadera libertad y humilde creatividad.

Hermanos sinodales, para cultivar y guardar bien la viña, es preciso que nuestro corazón y nuestra mente estén custodiados en Jesucristo por la «paz de Dios, que supera todo juicio» (*Flp* 4,7). De este modo, nuestros pensamientos y nuestros proyectos serán conformes al sueño de Dios: formar un pueblo santo que le pertenezca y que produzca los frutos del Reino de Dios (cf. *Mt*21,43).



XI

SALUDO A LOS PADRES SINODALES DURANTE LA I CONGREGACIÓN GENERAL DE LA III ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS

(Aula del Sínodo, 6-10-2014)

Os doy mi cordial bienvenida a este encuentro y os doy las gracias de corazón por vuestra atenta y estimada presencia y asistencia.

En nombre vuestro, quisiera expresar mi vivo y sincero agradecimiento a todas las personas que han trabajado con entrega, con paciencia y pericia, durante largos meses, leyendo, examinando, y elaborando los temas, los textos y los trabajos de esta Asamblea general extraordinaria.

Permitidme dirigir un especial y cordial agradecimiento al cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo, a monseñor Fabio Fabene, subsecretario, y junto con ellos a todos los relatores, escritores, consultores, traductores y a todo el personal de la secretaría del Sínodo de los obispos. Han trabajado incansablemente, y siguen trabajando, por el buen resultado del presente Sínodo: ¡muchas gracias de verdad y que el Señor os recompense!

Doy igualmente las gracias al Consejo postsinodal, al relator y al secretario especial; a las Conferencias episcopales que han trabajado bastante verdaderamente y, con ellos, agradezco a los tres presidentes delegados.

Os agradezco también a vosotros, queridos cardenales, patriarcas, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas vuestra presencia y vuestra participación que enriquece los trabajos y el espíritu de *colegialidad* y *sinodalidad* por el bien de la Iglesia y de las familias. He querido que este espíritu de sinodalidad estuviera también en la elección del relator, del secretario especial y de los presidentes delegados. Los primeros dos fueron elegidos directamente por el Consejo postsinodal, también éste elegido por los participantes del último Sínodo. En cambio, dado que los presidentes delegados deben ser elegidos por el Papa, pedí al mismo Consejo postsinodal que propusiera los nombres, y nombré a los que el Consejo me propuso.

Vosotros lleváis la voz de las Iglesias particulares, reunidas a nivel de Iglesias locales mediante las Conferencias episcopales. La Iglesia universal y las Iglesias particulares son de institución divina; las Iglesias locales así entendidas son de institución humana. Esta voz la lleváis en *sinodalidad*.

Es una gran responsabilidad: llevar las realidades y las problemáticas de las Iglesias, para ayudarlas a caminar en esa senda que es el Evangelio de la familia.

Una condición general de base es esta: hablar claro. Que nadie diga: «Esto no se puede decir; pensaré de mí así o así...». Se necesita decir todo lo que se siente con *parresía*. Después del último Consistorio (febrero de 2014), en el que se habló de la familia, un cardenal me escribió diciendo: lástima que algunos cardenales no tuvieron la valentía de decir algunas cosas por respeto al Papa, considerando quizás que el Papa pensara algo diverso. Esto no está bien, esto no es *sinodalidad*, porque es necesario decir todo lo que en el Señor se siente el deber de decir: sin respeto humano, sin timidez. Y, al mismo tiempo, se debe escuchar con humildad y acoger con corazón abierto lo que dicen los hermanos. Con estas dos actitudes se ejerce la *sinodalidad*.

Por eso os pido, por favor, estas actitudes de hermanos en el Señor: hablar con *parresía* y escuchar con humildad.

Y hacedlo con mucha tranquilidad y paz, porque el Sínodo se realiza siempre *cum Petro et sub Petro*, y la presencia del Papa es garantía para todos y custodia de la fe.

Queridos hermanos, colaboremos todos para que se afirme con claridad la dinámica de la *sinodalidad*. Gracias.



XII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 8-10-2014)

En las últimas catequesis, buscamos destacar la naturaleza y la belleza de la Iglesia, y nos preguntamos qué implica para cada uno de nosotros formar parte de este pueblo, pueblo de Dios que es la Iglesia. No debemos, sin embargo, olvidar que son muchos los hermanos que comparten con nosotros la fe en Cristo, pero que pertenecen a otras confesiones o a tradiciones diferentes de la nuestra. Muchos se han resignado a esta división

–también dentro de nuestra Iglesia católica se han resignado–, que en el curso de la historia ha sido a menudo causa de conflictos y sufrimientos, también de guerras y ¡esto es una vergüenza! También hoy, las relaciones no están siempre marcadas por el respeto y la cordialidad... Pero me pregunto: nosotros, ¿cómo nos situamos ante todo esto? ¿Estamos también nosotros resignados, si no hasta indiferentes a esta división? O bien ¿creemos firmemente que se puede y se debe caminar en la dirección de la reconciliación y de la plena comunión? La plena comunión, es decir, poder participar todos juntos en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Las divisiones entre los cristianos, mientras hieren a la Iglesia, hieren a Cristo, y nosotros divididos provocamos una herida a Cristo: la Iglesia, en efecto, es el cuerpo del cual Cristo es la cabeza. Sabemos bien cuánto interés a Jesús que sus discípulos permanecieran unidos en su amor. Basta pensar en sus palabras referidas en el capítulo diecisiete del Evangelio de san Juan, la oración dirigida al Padre en la inminencia de su pasión: «Padre Santo guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros» (*Jn* 17, 11). Esta unidad era ya amenazada cuando Jesús estaba aún entre los suyos: en el Evangelio, en efecto, se recuerda que los apóstoles discutían entre ellos sobre quién era el más grande, el más importante (cf. *Lc* 9, 46). El Señor, sin embargo, insistió mucho en la unidad en el nombre del Padre, haciéndonos entender que nuestro anuncio y nuestro testimonio serán tanto más creíbles cuanto más nosotros primero seamos capaces de vivir en comunión y amarnos. Es lo que después sus apóstoles, con la gracia del Espíritu Santo, comprendieron profundamente y tomaron en serio, de modo que san Pablo llegará a implorar a la comunidad de Corinto con estas palabras: «Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir» (*1Cor* 1, 10).

Durante su camino en la historia, la Iglesia es tentada por el maligno, que busca dividirla, y lamentablemente ha estado marcada por separaciones graves y dolorosas. Son divisiones que a veces se han prolongado a lo largo del tiempo, hasta hoy, por lo que resulta ya difícil reconstruir todas sus motivaciones y sobre todo encontrar las posibles soluciones. Las razones que llevaron a las fracturas y a las separaciones pueden ser las más diversas: desde las divergencias sobre principios dogmáticos y morales y sobre concepciones teológicas y pastorales diferentes, los motivos políticos y de conveniencia, hasta las discusiones debidas a antipatías y ambiciones personales... Lo cierto es que, de un modo u otro, detrás de estas laceraciones está siempre la soberbia y el egoísmo, que son causa de todo desacuerdo y que nos hacen intolerantes, incapaces de escuchar y aceptar a quien tiene una visión o una postura diversa de la nuestra.

Ahora, ante todo esto, ¿hay algo que cada uno de nosotros, como miembros de la santa madre Iglesia, podemos y debemos hacer? Desde luego no debe faltar la oración, en continuidad y en comunión con la de Jesús, la oración por la unidad de los cristianos. Y junto con la oración, el Señor nos pide una apertura renovada: nos pide que no nos cerremos al diálogo y al encuentro, sino que acojamos todo lo que de válido y positivo se nos ofrece también de quien piensa diverso de nosotros o mantiene posturas diferentes. Nos pide que no fijemos la mirada sobre lo que nos divide, sino más bien sobre lo que nos une, buscando conocer mejor y amar a Jesús, y compartir la riqueza de su amor. Y esto implica concretamente la adhesión a la verdad, junto con la capacidad de perdonar, de sentirse parte de la misma familia, de considerarse un don el uno para el otro y hacer juntos muchas cosas buenas, y obras de caridad.

Es un dolor pero hay divisiones, existen cristianos divididos, estamos divididos entre nosotros. Pero todos tenemos algo en común: todos creemos en Jesucristo, el Señor. Todos creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, y todos caminamos juntos, estamos en camino. ¡Ayudémonos unos a otros! Pero tú la piensas así, tú la piensas así... En todas las comunidades hay buenos teólogos, que ellos discutan, que ellos busquen la verdad teológica porque es un deber, pero nosotros caminemos juntos, orando unos por otros y haciendo obras de caridad. Y así hagamos la comunión en camino. Esto se llama ecumenismo espiritual: caminar el camino de la vida todos juntos en nuestra fe, en Jesucristo el Señor. Se dice que no se puede hablar de cosas personales, pero no resisto la tentación. Estamos hablando de comunión... comunión entre nosotros. Y hoy estoy muy agradecido al Señor porque hoy son 70 años desde que hice la Primera Comunión. Pero hacer la primera comunión todos debemos saber que significa entrar en comunión con los demás, en comunión con los hermanos de nuestra Iglesia, pero también en comunión con todos los que pertenecen a comunidades diversas pero creen en Jesús. Agradecemos al Señor por nuestro Bautismo, agradecemos al Señor por nuestra comunión, y para que esta comunión termine siendo de todos, juntos.

Queridos amigos, sigamos adelante entonces hacia la plena unidad. La historia nos ha separado, pero estamos en camino hacia la reconciliación y la comunión. ¡Y esto es verdad! ¡Y esto tenemos que defenderlo! Todos estamos en camino hacia la comunión. Y cuando la meta nos parezca demasiado distante, casi inalcanzable, y nos veamos sorprendidos por el desaliento, que nos anime la idea de que Dios no puede hacer oídos sordos a la voz de su propio Hijo Jesús y no atender su oración y la nuestra, para que todos los cristianos sean verdaderamente una sola cosa.

XIII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 15-10-2014)

Durante este tiempo hemos hablado de la Iglesia, de nuestra santa madre Iglesia jerárquica, el pueblo de Dios en camino. Hoy queremos preguntarnos: al final, ¿qué será del pueblo de Dios? ¿Qué será de cada uno de nosotros? ¿Qué debemos esperar? El apóstol Pablo animaba a los cristianos de la comunidad de Tesalónica, que se planteaban estas mismas preguntas, y después de su argumentación decían estas palabras que están entre las más hermosas del Nuevo Testamento: «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4, 17). Son palabras sencillas, ¡pero con una densidad de esperanza tan grande! «Y así estaremos siempre con el Señor». ¿Creéis vosotros esto?... Me parece que no. ¿Creéis? ¿Lo repetimos juntos? ¿Tres veces?: «Y así estaremos siempre con el Señor». «Y así estaremos siempre con el Señor». «Y así estaremos siempre con el Señor». Es emblemático cómo en el libro del Apocalipsis Juan, retomando la intuición de los profetas, describe la dimensión última, definitiva, en los términos de la «nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo» (Ap 21, 2). He aquí lo que nos espera. He aquí, entonces, quién es la Iglesia: es el pueblo de Dios que sigue al Señor Jesús y que se prepara día tras día para el encuentro con Él, como una esposa con su esposo. Y no es sólo un modo de decir: será una auténtica boda. Sí, porque Cristo, haciéndose hombre como nosotros y haciendo de todos nosotros una sola cosa con Él, con su muerte y su resurrección, se ha verdaderamente casado con nosotros y ha hecho de nosotros como pueblo su esposa. Y esto no es otra cosa más que la realización del designio de comunión y de amor tejido por Dios en el curso de toda la historia, la historia del pueblo de Dios y también la historia de cada uno de nosotros. Es el Señor quien lleva adelante esto.

Hay otro elemento, sin embargo, que nos anima ulteriormente y nos abre el corazón: Juan nos dice que en la Iglesia, esposa de Cristo, se hace visible la «nueva Jerusalén». Esto significa que la Iglesia, además de esposa, está llamada a convertirse en ciudad, símbolo por excelencia de la convivencia y la relacionalidad humana. ¡Qué hermoso es, entonces, ya poder contemplar, según otra imagen también sugestiva del Apocalipsis, a todas las gentes y a todos los pueblos reunidos juntos en esta ciudad, como en una tienda, «la tienda de Dios!» (cf. Ap 21, 3). Y en este marco glorioso ya no habrá aislamientos, prevaricaciones y distinciones de algún tipo –de

naturaleza social, étnica o religiosa—, sino que seremos todos una sola cosa en Cristo.

En presencia de este escenario inaudito y maravilloso, nuestro corazón no puede dejar de sentirse confirmado con fuerza en la esperanza. Mirad, la esperanza cristiana no es sencillamente un deseo, un auspicio, no es optimismo: para un cristiano, la esperanza es espera, espera ferviente, apasionada de la realización última y definitiva de un misterio, el misterio del amor de Dios, en quien hemos renacido y en quien ya vivimos. Y es espera de alguien que está por llegar: es el Cristo Señor que se hace cada vez más cercano a nosotros, día tras día, y que viene a introducirnos finalmente en la plenitud de su comunión y de su paz. La Iglesia, entonces, tiene la tarea de mantener encendida y bien visible la lámpara de la esperanza, para que pueda seguir resplandeciendo como signo seguro de salvación e iluminando a toda la humanidad el sendero que conduce al encuentro con el rostro misericordioso de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, he aquí, entonces, lo que esperamos: ¡que Jesús regrese! La Iglesia esposa espera a su esposo. Debemos, pues, preguntarnos con mucha sinceridad: ¿somos de verdad testigos luminosos y creíbles de esta espera, de esta esperanza? ¿Viven aún nuestras comunidades en el signo de la presencia del Señor Jesús y en la cálida espera de su venida, o bien se presentan cansadas, adormecidas, bajo el peso del agotamiento y de la resignación? ¿Corremos también nosotros el riesgo de agotar el aceite de la fe y el aceite de la alegría? ¡Estemos atentos!

Invoquemos a la Virgen María, madre de la esperanza y reina del cielo, para que nos mantenga siempre en una actitud de escucha y de espera, para poder ser ya ahora permeados por el amor de Cristo y participar un día en la alegría sin fin, en la plena comunión de Dios. No lo olvidéis, jamás olvidarlo: «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4, 17). ¿Lo repetimos? ¿Tres veces más? «Y así estaremos siempre con el Señor». «Y así estaremos siempre con el Señor». «Y así estaremos siempre con el Señor».



XIV

DISCURSO EN LA CLAUSURA DE LA III ASAMBLEA GENERAL EXTRAORDINARIA DEL SÍNODO DE LOSOBISPOS

(Aula del Sínodo, 18-10-2014)

Con un corazón lleno de agradecimiento y gratitud quiero agradecer, juntamente con vosotros, al Señor que, en los días pasados, nos ha acompañado y guiado con la luz del Espíritu Santo.

Doy las gracias de corazón al señor cardenal Lorenzo Baldisseri, secretario general del Sínodo, a monseñor Fabio Fabene, subsecretario, y con él agradezco al relator, cardenal Péter Erd, que tanto ha trabajado en los días de luto familiar, al secretario especial, monseñor Bruno Forte, a los tres presidentes delegados, los escritores, los consultores, los traductores y los anónimos, todos aquellos que trabajaron con auténtica fidelidad detrás del telón y total entrega a la Iglesia y sin pausa: ¡muchas gracias!

Doy las gracias igualmente a todos vosotros, queridos padres sinodales, delegados fraternos, auditores, auditoras y asesores por vuestra participación activa y fructuosa. Os llevaré en la oración, pidiendo al Señor que os recompense con la abundancia de sus dones de gracia.

Podría decir serenamente que –con un espíritu de colegialidad y *sinodalidad*– hemos vivido de verdad una experiencia de «Sínodo», un itinerario solidario, un «camino juntos». Y habiendo sido «un camino» –y como todo camino hubo momentos de marcha veloz, casi queriendo ganar al tiempo y llegar lo antes posible a la meta; otros momentos de cansancio, casi queriendo decir basta; otros momentos de entusiasmo e ímpetu. Hubo momentos de profunda consolación escuchando los testimonios de auténticos pastores (cf. *Jn* 10 y *can.* 375, 386, 387) que llevan sabiamente en el corazón las alegrías y las lágrimas de sus fieles. Momentos de consolación y de gracia y de consuelo escuchando los testimonios de las familias que participaron en el Sínodo y compartieron con nosotros la belleza y la alegría de su vida matrimonial. Un camino donde el más fuerte sintió el deber de ayudar al menos fuerte, donde el más experto se dispuso a servir a los demás, incluso a través de la confrontación. Y puesto que es un camino de hombres, con las consolaciones hubo también otros momentos de desolación, de tensión y de tentaciones, de las cuales se podría mencionar alguna posibilidad:

–una: la tentación del *endurecimiento hostil*, es decir, el querer cerrarse dentro de lo escrito (*la letra*) y no dejarse sorprender por Dios, por el Dios

de las sorpresas (*el espíritu*); dentro de la ley, dentro de la certeza de lo que conocemos y no de lo que debemos aún aprender y alcanzar. Desde los tiempos de Jesús, es la tentación de los celantes, los escrupulosos, los diligentes y de los así llamados –hoy– «*tradicionalistas*», y también de los intelectualistas.

–La tentación del *buenismo destructivo*, que en nombre de una misericordia engañadora venda las heridas sin curarlas y medicarlas; que trata los síntomas y no las causas y las raíces. Es la tentación de los «*buenistas*», de los temerosos y también de los así llamados «*progresistas y liberales*».

–La tentación de transformar *la piedra en pan* para romper un ayuno largo, pesado y doloroso (cf. *Lc 4, 1-4*), y también de transformar *el pan en piedra* y tirarla contra los pecadores, los débiles y los enfermos (cf. *Jn 8, 7*), es decir, transformarlo en «*cargas insoportables*» (*Lc 11, 46*).

–La tentación de bajar de la cruz, para contentar a la gente, y no permanecer allí, para cumplir la voluntad del Padre; de ceder al espíritu mundano en lugar de purificarlo y conducirlo al Espíritu de Dios.

–La tentación de descuidar el «*depositum fidei*», considerándose no custodios sino propietarios y dueños, o, por otra parte, la tentación de descuidar la realidad utilizando una lengua minuciosa y un lenguaje pulido para decir muchas cosas y no decir nada. Los llamaban «*bizantinismos*», creo, a estas cosas...

Queridos hermanos y hermanas, las tentaciones no nos deben ni asustar ni desconcertar, y ni siquiera desalentar, porque ningún discípulo es más grande que su maestro. Por lo tanto, si Jesús fue tentado –y además llamado Belzebú (cf. *Mt 12, 24*)–, sus discípulos no deben esperarse un trato mejor.

Personalmente me hubiese preocupado mucho y entristecido si no hubiesen estado estas tentaciones y estas animados debates; este movimiento de los espíritus, como lo llamaba san Ignacio (*EE, 6*), si todos hubiesen estado de acuerdo o silenciosos en una falsa y quietista paz. En cambio, he visto y escuchado –con alegría y gratitud– discursos e intervenciones llenas de fe, de celo pastoral y doctrinal, de sabiduría, de franqueza, de valentía y de *parresia*. Y he percibido que se puso delante de los propios ojos el bien de la Iglesia, de las familias y la «*suprema lex*», la «*salus animarum*» (cf. *can. 1752*). Y esto siempre –lo hemos dicho aquí, en el aula– sin poner jamás en duda las verdades fundamentales del sacramento del matrimonio: la indisolubilidad, la unidad, la fidelidad y la procreación, o sea la apertura a la vida (cf. *can. 1055, 1056* y *Gaudium et spes, 48*).

Y esta es la Iglesia, la viña del Señor, la Madre fértil y la Maestra atenta, que no tiene miedo de arremangarse para derramar el óleo y el vino sobre las heridas de los hombres (cf. *Lc* 10, 25-37); que no mira a la humanidad desde un castillo de cristal para juzgar o clasificar a las personas. Esta es la Iglesia una, santa, católica, apostólica y formada por pecadores, necesitados de su misericordia. Esta es la Iglesia, la verdadera esposa de Cristo, que trata de ser fiel a su Esposo y a su doctrina. Es la Iglesia que no tiene miedo de comer y beber con las prostitutas y los publicanos (cf. *Lc* 15). La Iglesia que tiene las puertas abiertas de par en par para recibir a los necesitados, a los arrepentidos y no sólo a los justos o a aquellos que creen ser perfectos. La Iglesia que no se avergüenza del hermano caído y no finge de no verlo, es más, se siente implicada y casi obligada a levantarlo y animarlo a retomar el camino y lo acompaña hacia el encuentro definitivo, con su Esposo, en la Jerusalén celestial.

Esta es la Iglesia, nuestra madre. Y cuando la Iglesia, en la variedad de sus carismas, se expresa en comunión, no puede equivocarse: es la belleza y la fuerza del *sensus fidei*, de ese sentido sobrenatural de la fe, dado por el Espíritu Santo a fin de que, juntos, podamos entrar todos en el corazón del Evangelio y aprender a seguir a Jesús en nuestra vida, y esto no se debe ver como motivo de confusión y malestar.

Muchos cronistas, o gente que habla, imaginaron ver una Iglesia en disputa donde una parte está contra la otra, dudando incluso del Espíritu Santo, el auténtico promotor y garante de la unidad y la armonía en la Iglesia. El Espíritu Santo que a lo largo de la historia siempre condujo la barca, a través de sus ministros, incluso cuando el mar iba en sentido contrario y estaba agitado y los ministros eran infieles y pecadores.

Y, como me atreví a decirlos al inicio, era necesario vivir todo esto con tranquilidad, con paz interior, también porque el Sínodo se desarrolla *cum Petro et sub Petro*, y la presencia del Papa es garantía para todos.

Ahora hablemos un poco del Papa en relación con los obispos... Por lo tanto, la tarea del Papa es garantizar la unidad de la Iglesia; es recordar a los pastores que su primer deber es alimentar al rebaño –nutrir al rebaño– que el Señor les encomendó y tratar de acoger –con paternidad y misericordia y sin falsos miedos– a las ovejas perdidas. Me equivoqué aquí. Dije acoger: ir a buscarlas.

Su tarea es recordar a todos que la autoridad en la Iglesia es servicio (cf. *Mc* 9, 33-35) como explicó con claridad el Papa Benedicto XVI, con palabras que cito textualmente: «La Iglesia está llamada y comprometida a ejercer este tipo de autoridad, que es servicio, y no la ejerce a título personal, sino en el nombre de Jesucristo... a través de los pastores de la Iglesia, en efecto, Cristo apacienta su rebaño: es Él quien lo guía, lo protege y lo

corrige, porque lo ama profundamente. Pero el Señor Jesús, Pastor supremo de nuestras almas, ha querido que el Colegio apostólico, hoy los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro... participen en esta misión suya de hacerse cargo del pueblo de Dios, de ser educadores en la fe, orientando, animando y sosteniendo a la comunidad cristiana o, como dice el Concilio, “procurando personalmente, o por medio de otros, que cada uno de los fieles sea conducido en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación según el Evangelio, a la caridad sincera y diligente y a la libertad con que Cristo nos liberó” (*Presbyterorum Ordinis*, 6) ... a través de nosotros –continúa el Papa Benedicto– el Señor llega a las almas, las instruye, las custodia, las guía. San Agustín, en su Comentario al Evangelio de san Juan, dice: “Apacentar el rebaño del Señor ha de ser compromiso de amor” (123, 5); esta es la norma suprema de conducta de los ministros de Dios, un amor incondicional, como el del buen Pastor, lleno de alegría, abierto a todos, atento a los cercanos y solícito por los alejados (cf. San Agustín, Discurso 340, 1; Discurso 46, 15), delicado con los más débiles, los pequeños, los sencillos, los pecadores, para manifestar la misericordia infinita de Dios con las tranquilizadoras palabras de la esperanza (cfr. Id., Carta 95, 1)» (Benedicto XVI, *Audiencia general*, miércoles 26 de mayo de 2010: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de mayo de 2010, p. 15).

Por lo tanto, la Iglesia es de Cristo –es su Esposa– y todos los obispos, en comunión con el Sucesor de Pedro, tienen la tarea y el deber de custodiarla y servirla, no como *padrones* sino como *servidores*. El Papa, en este contexto, no es el *señor supremo* sino más bien el *supremo servidor*, el «*servus servorum Dei*»; el garante de la obediencia y la conformidad de la Iglesia a la voluntad de Dios, al Evangelio de Cristo y a la Tradición de la Iglesia, dejando de lado todo arbitrio personal, incluso siendo –por voluntad de Cristo mismo– el «*Pastor y doctor supremo de todos los fieles*» (*can. 749*) y también gozando «*de la potestad ordinaria que es suprema, plena, inmediata e universal en la Iglesia*» (cf. *cann. 331-334*).

Queridos hermanos y hermanas, ahora tenemos todavía un año por delante para madurar, con verdadero discernimiento espiritual, las ideas propuestas y encontrar soluciones concretas a tantas dificultades e innumerables desafíos que las familias deben afrontar; para dar respuestas a los numerosos desánimos que circundan y ahogan a las familias.

Un año para trabajar sobre la «*Relatio synodi*» que es el resumen fiel y claro de todo lo que se dijo y debatió en esta aula y en los círculos menores. Y se presenta a las Conferencias episcopales como «*Lineamenta*».

Que el Señor nos acompañe, nos guíe en este itinerario para gloria de Su nombre con la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de san José. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí.

XVI

**HOMILÍA EN LA SANTA MISA CON OCASIÓN DE LA CONCLUSIÓN
DEL SÍNODO EXTRAORDINARIO SOBRE LA FAMILIA
Y BEATIFICACIÓN DEL SIERVO DE DIOS PABLO VI**

(Plaza de San Pedro, 19-10-2014)

Acabamos de escuchar una de las frases más famosas de todo el Evangelio: «Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (*Mt 22,21*).

Jesús responde con esta frase irónica y genial a la provocación de los fariseos que, por decirlo de alguna manera, querían hacerle el examen de religión y ponerlo a prueba. Es una respuesta inmediata que el Señor da a todos aquellos que tienen problemas de conciencia, sobre todo cuando están en juego su conveniencia, sus riquezas, su prestigio, su poder y su fama. Y esto ha sucedido siempre.

Evidentemente, Jesús pone el acento en la segunda parte de la frase: «Y [dar] a Dios lo que es de Dios». Lo cual quiere decir reconocer y creer firmemente –frente a cualquier tipo de poder– que sólo Dios es el Señor del hombre, y no hay ningún otro. Ésta es la novedad perenne que hemos de redescubrir cada día, superando el temor que a menudo nos atenaza ante las sorpresas de Dios.

¡Él no tiene miedo de las novedades! Por eso, continuamente nos sorprende, mostrándonos y llevándonos por caminos imprevistos. Nos renueva, es decir, nos hace siempre “nuevos”. Un cristiano que vive el Evangelio es “la novedad de Dios” en la Iglesia y en el mundo. Y a Dios le gusta mucho esta “novedad”.

«Dar a Dios lo que es de Dios» significa estar dispuesto a hacer su voluntad y dedicarle nuestra vida y colaborar con su Reino de misericordia, de amor y de paz.

En eso reside nuestra verdadera fuerza, la levadura que fermenta y la sal que da sabor a todo esfuerzo humano contra el pesimismo generalizado que nos ofrece el mundo. En eso reside nuestra esperanza, porque la esperanza en Dios no es una huida de la realidad, no es un *alibi*: es ponerse manos a la obra para devolver a Dios lo que le pertenece. Por eso, el cristiano mira a la realidad futura, a la realidad de Dios, para vivir plenamente la vida –con los pies bien puestos en la tierra– y responder, con valentía, a los incesantes retos nuevos.

Lo hemos visto en estos días durante el Sínodo extraordinario de los Obispos –“sínodo” quiere decir “caminar juntos”–. Y, de hecho, pastores y laicos de todas las partes del mundo han traído aquí a Roma la voz de sus Iglesias particulares para ayudar a las familias de hoy a seguir el camino del Evangelio, con la mirada fija en Jesús. Ha sido una gran experiencia, en la que hemos vivido la *sinodalidad* y la *colegialidad*, y hemos sentido la fuerza del Espíritu Santo que guía y renueva sin cesar a la Iglesia, llamada, con premura, a hacerse cargo de las heridas abiertas y a devolver la esperanza a tantas personas que la han perdido.

Por el don de este Sínodo y por el espíritu constructivo con que todos han colaborado, con el Apóstol Pablo, «damos gracias a Dios por todos ustedes y los tenemos presentes en nuestras oraciones» (1 Ts 1,2). Y que el Espíritu Santo que, en estos días intensos, nos ha concedido trabajar generosamente con verdadera libertad y humilde creatividad, acompañe ahora, en las Iglesias de toda la tierra, el camino de preparación del Sínodo Ordinario de los Obispos del próximo mes de octubre de 2015. Hemos sembrado y seguiremos sembrando con paciencia y perseverancia, con la certeza de que es el Señor quien da el crecimiento (cf. 1 Co 3,6).

En este día de la beatificación del Papa Pablo VI, me vienen a la mente las palabras con que instituyó el Sínodo de los Obispos: «Después de haber observado atentamente los signos de los tiempos, nos esforzamos por adaptar los métodos de apostolado a las múltiples necesidades de nuestro tiempo y a las nuevas condiciones de la sociedad» (Carta ap. *Motu proprio Apostolica sollicitudo*).

Contemplando a este gran Papa, a este cristiano comprometido, a este apóstol incansable, ante Dios hoy no podemos más que decir una palabra tan sencilla como sincera e importante: Gracias. Gracias a nuestro querido y amado Papa Pablo VI. Gracias por tu humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia.

El que fuera gran timonel del Concilio, al día siguiente de su clausura, anotaba en su diario personal: «Quizás el Señor me ha llamado y me ha puesto en este servicio no tanto porque yo tenga algunas aptitudes, o para que gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades actuales, sino para que sufra algo por la Iglesia, y quede claro que ÉL, y no otros, es quien la guía y la salva» (P. Macchi, *Paolo VI nella sua parola*, Brescia 2001, 120-121). En esta humildad resplandece la grandeza del Beato Pablo VI que, en el momento en que estaba surgiendo una sociedad secularizada y hostil, supo conducir con sabiduría y con visión de futuro –y quizás en solitario– el timón de la barca de Pedro sin perder nunca la alegría y la fe en el Señor.

Pablo VI supo de verdad dar a Dios lo que es de Dios dedicando toda su vida a la «sagrada, solemne y grave tarea de continuar en el tiempo y extender en la tierra la misión de Cristo» (*Homilía en el inicio del ministerio petrino*, 30 junio 1963: AAS 55 [1963], 620), amando a la Iglesia y guiando a la Iglesia para que sea «al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación» (Carta enc. *Ecclesiam Suam*, Prólogo).



XVII

AUDIENCIA GENERAL

(Plaza de San Pedro, 22-10-2014)

Cuando se quiere poner de relieve cómo los elementos que componen una realidad están estrechamente unidos unos con otros y forman juntos una sola cosa, se usa a menudo la imagen del cuerpo. A partir del apóstol Pablo, esta expresión se aplicó a la Iglesia y se reconoció como su rasgo distintivo más profundo y más hermoso. Hoy, entonces, queremos preguntarnos: ¿en qué sentido la Iglesia forma un cuerpo? ¿Y por qué se define «cuerpo de Cristo»?

En el libro de Ezequiel se describe una visión un poco particular, impresionante, pero capaz de infundir confianza y esperanza en nuestro corazón. Dios muestra al profeta un montón de huesos, separados unos de otros y secos. Un escenario desolador... Imaginaos toda una llanura llena de huesos. Dios le pide, entonces, que invoque sobre ellos al Espíritu. En ese momento, los huesos se mueven, comienzan a acercarse y a unirse, sobre ellos crecen primero los nervios y luego la carne y se forma así un cuerpo, completo y lleno de vida (cf. *Ez 37*, 1-14). He aquí, esta es la Iglesia. Por favor, hoy, en casa, tomad la Biblia, en el capítulo 37 del profeta Ezequiel, no lo olvidéis, y leed esto, es hermoso. Esta es la Iglesia, es una obra maestra, la obra maestra del Espíritu, quien infunde en cada uno la vida nueva del Resucitado y nos coloca uno al lado del otro, uno al servicio y en apoyo del otro, haciendo así de todos nosotros un cuerpo, edificado en la comunión y en el amor.

La Iglesia, sin embargo, no es solamente un cuerpo edificado en el Espíritu: la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Y no se trata sencillamente de un modo de decir: ¡ lo somos de verdad! Es el gran don que recibimos el día de nuestro Bautismo. En el sacramento del Bautismo, en efecto, Cristo nos hace suyos, acogiéndonos en el corazón del misterio de la cruz, el misterio supremo de su amor por nosotros, para hacernos luego resucitar con Él, como nuevas criaturas. Esto es, así nace la Iglesia, y así la Iglesia se reconoce cuerpo de Cristo. El Bautismo constituye un verdadero renacimiento, que nos regenera en Cristo, nos hace parte de Él, y nos une íntimamente entre nosotros, como miembros del mismo cuerpo, del cual Él es la cabeza (cf. *Rm* 12, 5; *1 Cor* 12, 12-13).

Lo que brota de ello, entonces, es una profunda comunión de amor. En este sentido, es iluminador cómo Pablo, exhortando a los maridos a «amar a las esposas como al propio cuerpo», afirma: «Como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (*Ef* 5, 28-30). Qué hermoso sería si nos acordásemos más a menudo de lo que somos, de lo que hizo con nosotros el Señor Jesús: somos su cuerpo, ese cuerpo que nada ni nadie puede ya arrancar de Él y que Él recubre con toda su pasión y todo su amor, precisamente como un esposo con su esposa. Este pensamiento, sin embargo, debe hacer brotar en nosotros el deseo de corresponder al Señor Jesús y compartir su amor entre nosotros, como miembros vivos de su mismo cuerpo. En la época de Pablo, la comunidad de Corinto encontraba muchas dificultades en ese sentido, viviendo, como a menudo también nosotros, la experiencia de las divisiones, las envidias, las incomprensiones y la marginación. Todas estas cosas no están bien, porque, en lugar de edificar y hacer crecer a la Iglesia como cuerpo de Cristo, la dividen en muchas partes, la desunen. Y esto sucede también en nuestros días. Pensemos en las comunidades cristianas, en algunas parroquias, pensemos en nuestros barrios, cuántas divisiones, cuántas envidias, cómo se critica, cuánta incomprensión y marginación. ¿Y esto qué conlleva? Nos desune entre nosotros. Es el inicio de la guerra. La guerra no comienza en el campo de batalla: la guerra, las guerras comienzan en el corazón, con incomprensiones, divisiones, envidias, con esta lucha con los demás. La comunidad de Corinto era así, eran campeones en esto. El apóstol Pablo dio a los corintios algunos consejos concretos que son válidos también para nosotros: no ser celosos, sino apreciar en nuestras comunidades los dones y la cualidades de nuestros hermanos. Los celos: «Ese se compró un coche», y yo siento celos. «Este se ganó la lotería», son también celos. «Y a este otro le está yendo bien, bien en esto», y son más celos. Todo esto divide, hace daño, no se debe hacer. Porque así los celos crecen y llenan el corazón. Y un corazón celoso es un corazón ácido, un corazón que en lugar de sangre parece tener vinagre; es un corazón que nunca es feliz, es un corazón que

divide a la comunidad. Entonces, ¿qué debo hacer? Apreciar en nuestras comunidades los dones y las cualidades de los demás, de nuestros hermanos. Y cuando surgen en mí los celos –porque surgen en todos, todos somos pecadores–, debo decir al Señor: «Gracias, Señor, porque has dado esto a aquella persona». Apreciar las cualidades, estar cerca y participar en el sufrimiento de los últimos y de los más necesitados; expresar la propia gratitud a todos. El corazón que sabe decir gracias es un corazón bueno, es un corazón noble, es un corazón que está contento. Os pregunto: ¿Todos nosotros sabemos decir gracias, siempre? No siempre porque la envidia y los celos nos frenan un poco. Y, por último, el consejo que el apóstol Pablo da a los corintios y que también nosotros debemos darnos unos a otros: no considerar a nadie superior a los demás. ¡Cuánta gente se siente superior a los demás! También nosotros, muchas veces decimos como el fariseo de la parábola: «Te doy gracias Señor porque no soy como aquel, soy superior». Pero esto no es bueno, no hay que hacerlo nunca. Y cuando estás por hacerlo, recuerda tus pecados, los que nadie conoce, avergüénzate ante Dios y dile: «Pero tú Señor, tú sabes quién es superior, yo cierro la boca». Esto hace bien. Y siempre en la caridad considerarse miembros unos de otros, que viven y se entregan en beneficio de todos (cf. *1 Cor* 12–14).

Queridos hermanos y hermanas, como el profeta Ezequiel y como el apóstol Pablo, invocamos también nosotros al Espíritu Santo, para que su gracia y la abundancia de sus dones nos ayuden a vivir de verdad como cuerpo de Cristo, unidos, como familia, pero una familia que es el cuerpo de Cristo, y como signo visible y hermoso del amor de Cristo.



ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Homilías

Fiesta de los Ángeles Custodios	869
Inauguración de curso en la Universidad de Burgos ..	871
Misa de acción de gracias por la beatificación de D. Alvaro del Portillo	873
Jornada de Pastoral	876

Mensajes

Una quincena de intensa oración	879
Renace la alegría. Yo soy el Domund	881
El Papa del Concilio y de la Humanae Vitae	882
Documento conclusivo del último Sínodo de los Obispos	884

Decretos

Creación del Secretariado para la religiosidad po- pular y Cofradías	886
Año Jubilar Teresiano	887
Penitenciaría Apostólica	888

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de octubre	890
---------------------------------	-----

CURIA
DIOCESANA

Vicaría General

Sobre el asiento de incineraciones en el libro de difuntos	892
---	-----

Secretaría General

Nombramientos	894
Jubilaciones dentro del sistema de la seguridad social del clero	895

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

En la paz del Señor: Rvdo. D. José Luis Gutiérrez
Hurtado y Rvdo. D. José Luis Ezquerra Arana 895

Colegio de Arciprestes

Crónica de la reunión de arciprestes 899

Delegación de familia y vida

Carta de los Delegados 902

Delegación de Medios

Jornada de Pastoral 903

Quince años orientando conflictos familiares 906

Año teresiano

Oración para el Año Teresiano 908

Programación 909

Noticias de interés

Noticias de interés diocesano 911

COMUNICADOS
ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Nombramiento Episcopal para Mérida-Badajoz ... 913

Santo Padre

Homilía con motivo del centenario del inicio de la
primera guerra mundial 915

Homilía en el Rito de Matrimonio 917

Discurso a los nuevos obispos ordenados durante
el año 919

Discurso a la asamblea general del Movimiento de
los Focolares 923

Carta al Prelado del Opus Dei con motivo de la bea-
tificación de D. Alvaro del Portillo 926

Discurso en el bicentenario de la restauración
de la Compañía de Jesús 928

Discurso a los ancianos 932

Homilía en la Misa con los ancianos 934

Audiencia General (1-10-2014) 936

Discurso a la Plenaria de la Congregación del Clero . 938

Discurso a las familias 941

Homilía en la apertura del Sínodo de los Obispo .. 943

	<u>Páginas</u>
Saludo a los Padres Sinodales	945
Audiencia General (8-10-2014)	946
Audiencia General (15-10-2014)	949
Discurso en la clausura del Sínodo de los Obispos .	951
Homilía en la Misa de clausura del Sínodo y Bea- tificación de Pablo VI	955
Audiencia General (22-10-2014)	957

